

Notas sobre literatura de Chiapas

JESUS MORALES BERMUDEZ *

"Si hay poesía en nuestra América, ella está en las cosas viejas: en Palenque y Utatlán, en el indio legendario, y en el inca sensual y fino, y en el gran Moctezuma de la silla de oro..." (1) escribió Rubén Darío en las *palabras liminares a Prosas profanas*. Luego él mismo escribió con la otra preocupación también expresada en las *palabras liminares*: transformando el arte del "noble Góngora y el más fuerte de todos, don Francisco de Quevedo y Villegas" (2). La propuesta, empero, quedó allí, como invitación a volver a los orígenes de esta tierra. Presumiblemente tal habría de entenderse el pronunciamiento: no en el sentido de la permanencia atemporal de algo "poético" en Palenque o en el indio. Finalmente Palenque, en cuanto a sitio arqueológico, es un espacio arquitectónico, escultórico, pictórico ahora (en la muestra maya de Bonampak), con muros fusión de escritura glífica — como si mostraran un poema hacia la celebración pública—, en espera de una voz entonando su sonido original; y el indio deambula en nuestros pueblos, hombre de este siglo, entrampado en el "tiempo perdido" más por un afán de la sociología y de la política, quién sabe si de su voluntad. La ciudad, el hombre, permanecen: existen como objetos, como complejidades más o menos aprehensibles o estimulantes para el estudioso, el visitante o la ciencia.

La poesía se sitúa a otra dimensión, su signo es diferente, se construye bajo otros parámetros. La poesía, desde luego, es una construcción lingüística. Pero a diferencia de las construcciones plásticas donde sí puede hablarse de una "obra de arte", la poesía no se aviene necesariamente a resultar una "obra de arte lingüística". Las puede haber obras lingüísticas magníficamente edificadas y no resultar poesía. A diferencia de los materiales mudos, in-significantes de

otras construcciones, en la poesía la palabra siempre significa algo, siempre dice algo. El decir de las palabras, ceñidas al universo personal del poeta, a su visión, devienen el poema. Pero el poema en sí mismo no existe. Existe, en la medida de su decir las cosas de los hombres, su paso (su padecer) por el mundo. No importa si en este decir el poeta pareciera decirse a sí mismo. Vale recordar a Víctor Hugo: "Cuando te hablo de mí, te hablo de ti. ¿Cómo no lo sientes? ¡Ah insensato que crees que no soy tú!" (3).

Se trata, entonces, de todo aquello lo enteramente humano, percibido a cabalidad en un instante y, absoluto como es en el instante, pretender su permanencia en el tiempo, a través del lenguaje. La tensión provocada por lo efímero y lo permanente, es el territorio del poeta. En él se reconoce, reconoce lo más alto del ser humano. Puede tratarse del gozo, amor, solidaridad, anhelo, o de su opuesto: dolor, desgarradura, muerte... tantas fases, limitación y grandeza del hombre, y a través de la poesía trascendencia. Lleno de vida, en cualquiera de sus formas, debe encontrarse el poeta para aspirar a decir al hombre. "Para hacer algo hay que ser algo", decía Goethe (4).

La historia literaria de occidente ha valorado un *continuum* de desarrollo y conocimiento al que nombra "tradición". En ella "lo permanente es más esencial que lo que cambia sin cesar". El trasfondo de esta concepción es el de considerar al hombre siempre el mismo, por muchas que fueren las variables sociales, económicas o políticas de las diferentes épocas. Shopenhauer lo diría de manera inmejorable: "...con todos los interminables cambios y ajetreos, siempre tenemos ante nosotros el mismo ser inmutable, que hoy hace lo mismo que hizo ayer y siempre: es decir, que hay que reconocer lo idéntico en todos los procesos, ya se trate de épocas antiguas o modernas, de oriente u occidente, y ver en todas partes, a pesar de las diferencias de condición, vestido y costumbre, una misma humanidad. Lo idéntico y lo que permanece a través de todas las transformaciones consiste en algunas cualidades básicas del corazón y la mente humanos: muchas malas, pocas buenas. La divisa de la historia debiera rezar: *Eadem sed aliter*" (5). La cual concepción no ha obstado para propiciar un desarrollo múltiple de contenidos y formas poéticas. Como una realidad diferente de la realidad ha sido considerado el poema, con sus leyes internas, una coherencia y veracidad interior. La preocupación de fray Luis de León en *Los nombres de Cristo*, en el sentido de cuidarse de "contenidos capaces de corromper el ánimo a través de los vicios y las torpezas disimuladas y enmeladas con el sonido dulce y artificioso del verso" (6), bien pudieran ser valorados aún ahora y verse novedosos luego de lecturas de Rimbaud y Baudelaire. Con todo y diferencias enraizan los tres en la misma tradición cuyo origen se sitúa en Grecia y Roma, enriquecida luego con las continuas reinterpretaciones.

ciones del cristianismo así como con la asimilación de elementos de las culturas aborígenes e invasoras: lo mismo celta, arábiga o germana.

La literatura en América no escapa a esta tradición. Incinerados códices, monumentos, flautas, tepanaguastes “que indudablemente tengo averiguado ser uno de los principales con que se da culto al demonio” (7), al decir del obispo de Chiapas don Francisco Núñez de la Vega, hasta tiempo muy posterior se intentó la valoración de lo aborígen. Nuestros escritores asumieron como propia la lengua española, su estructura cultural, sus formas literarias. Se dan las diferencias, por supuesto, debidas al medio, a las formas de relación, pero en general acontece en nuestras letras una prolongación del hacer de la península. Con la afirmación criolla y el naciente mestizaje comienzan a gestarse diferencias, sobre todo a partir del siglo XVIII. Comienza la *ruptura y continuidad* (8) de que habla Schneider y la elocuencia de *Calibán* (en la concepción de Retamar) (9) para hacer uso de los títulos de dos libros necesarios en el esclarecimiento de la cultura en América.

Con el fin de Darío y con la vuelta hacia los *ismos* europeos, se inicia la llamada por Octavio Paz “tradición de la ruptura” (10), concepto retomado por Rodríguez Monegal y otros estudiosos. No nos detendremos en la temática referida, aunque sí es pertinente señalar que tanto las vanguardias y su “ocaso”, como la guerra civil española y la revolución cubana, conmocionaron profundamente la estética y el hacer poético de nuestros escritores. En medio de una gama de pronunciamientos de diferente signo (político sobre todo y estético), se privilegia una extraordinaria experimentación con el lenguaje y las formas. De ello da cuenta Rodríguez Monegal al señalar: “Ya no es solamente la situación del hombre en su mundo, tema esencial y central de obras (lo mismo en poesía que en narrativa), sino también la estructura poética misma, el lenguaje en tanto que límite y acicate de la creación, la forma que es ya inseparable del contenido porque no hay otro acceso al contenido que a través de y por la forma...” (11).

A veces, debido al escepticismo derivado de los contenidos de la tradición poética, se pretende “no decir nada”. En mucho es propósito de la poesía moderna y quizá sería saludable y grato el desarrollo de esta posibilidad. “Castillo de espejos” como pretendiera Borges. Sin embargo —prisión y libertad—, el lenguaje permanece significando, a veces a pesar del autor. No resulta inapropiado recordar a Belinsky cuando señalaba: “La poesía no tiene otro propósito que ella misma. Es su propio fin, así como la verdad lo es del conocimiento y el bien de la acción... No os preocupéis por la encarnación de ideas. Si sois poeta, vuestras obras las contendrán sin que siquiera os entereis; serán a la vez morales y racionales, si seguís vuestra inspiración libremente”

(12). Junto con ello, vale señalar que mucho de la significación del lenguaje radica en la conformación peculiar usada por el autor. Parte de las diferencias estriba en esto. Se dice al mismo hombre pero su situación, su condición, su forma de ver el mundo es diferente, y el lenguaje y su estructura sintáctica es el lugar de su manifestación. Pensar en la poesía en Chiapas es pensar en cómo se expresa desde allí el paso del hombre. Las formas de naturaleza, la atmósfera, la historia específica, la respuesta dada por los hombres a sus propias necesidades y los modos de ella confieren una codificación desde la que se concibe el mundo; de una manera similar a otras pero con particularidades. Particularidades ésas que confieren la diferencia o propiedad que, mostrada luminosamente por sus mejores poetas, se integra en la más amplia y universal conversación de la poesía. No es lo mismo escribir desde la experiencia cotidiana de la transformación vertiginosa de la tecnología que desde casi el origen de la naturaleza: paraíso en pérdida. El medio está presente en el ejercicio del lenguaje, en sus ritmos, en su aliento y cadencia: en su decir.

Como condición ajena y fuera del propósito del creador el Estado o los Estados pretenden la agrupación o nada más el señalamiento de quienes considera sus artistas: ellos, suponen, mostrarían el grado cabal de la "cultura nacional". Lo cual tampoco quiere decir que los Estados propicien el bienestar o cuidado de sus artistas, por lo menos no mientras viven, ni mucho menos que los artistas vivan o deban de hacerlo a la sombra de aquél. Los ejemplos históricos son muy diversos. Para el caso de México es difícil establecer una dicotomía marcada entre los artistas y el poder. Su ambivalente atracción-rechazo marchan de la mano, aunque siempre existe el celo de la autonomía en ambos; celo, por lo menos, en quienes conservan la lucidez y el estro. Pero si los Estados se abrogan la apropiación de los "aportes culturales" de los artistas, debieran al menos favorecer el estudio a fondo de la cultura, lo cual no ocurre, como no sea a partir de los esfuerzos individuales. Si en cuanto a lo nacional ocurre así, en términos de las regiones, la carencia no es menor.

Para el caso de Chiapas: el vacío cognitivo de la cultura es enorme. En cambio y quizá derivada de la expresión de Darío ("si hay poesía en nuestra América, ella está en... Palenque"), se ha extendido en el medio la consideración de la abundancia de poetas en Chiapas, consideración dificultosa no sólo de confirmar o negar sino aún dañina por cuanto de espontaneísmo procura, de improvisación. No existe un estudio serio que dé cuenta del desarrollo poético en nuestro estado, de una especie de "historia de la literatura". "Historia de la literatura" no solamente que cubriera las preocupaciones del Estado en términos de supuestas afirmaciones localistas o de identidad, a partir de

pretendidas diferencias o peculiaridades poéticas (finalmente la tradición poética no se define por regiones o naciones), sino que propusiera una valoración secuencial, histórica de nuestras letras, una reflexión elucidatoria del por qué se han desarrollado así y no de otra manera.

La preocupación puede parecer vana (¿En qué ayudaría a los creadores, a los lectores?). Un verdadero creador siempre estará situado en el lado verdadero de su tiempo. Es decir, por mucha confusión en la sociedad, por muchas valoraciones inciertas en quienes conducen el desarrollo, el poeta debe ver el hilo más verdadero de lo humano y así ofrecerlo en sus materiales. Pero humano como es también el poeta no está exento al extravío de su rumbo. Una de sus posibilidades de sustento puede encontrarse en la revisión de quienes le antecedieron. Cada cual ha tenido una posición ante su mundo y ante su oficio; él también. Sin posición, ¿qué podría decir? Ejemplos de quienes se perdieron los existen, y con sobrada frecuencia. ¿De cuántos no sabemos, un tiempo en una vía, otro tiempo en otra, brazos de la veleidad? ¿Cuántos discursos en forma de poema, cuántos otros artificio nada más? ¿Un mismo, verdadero poeta, cuántas veces no incurre en el desliz con sus poemas, aparte de aquéllos donde se nos muestra vigoroso, creador? Y como los anteriores, ejemplos existen también de escritura necesaria pero tardía (veremos el caso en nuestra narrativa), y el no por reiterativo menos dramático sentimiento (y ejercicio) de escritores cuya práctica nos los muestra como demiurgos en quienes "comenzara" la literatura. ¿Cuántas veces más por ignorancia que por narcisismo, existe la pretensión de situarse como ombligo desde el cual se edifica el hacer literario? ¿Cuántas veces seguirá la repetición incesante: intentar una y otra vez el principio, el mismo principio? Es como pretender linaje desconociendo los blasones y méritos de la casa paterna. Nuestro linaje poético, en Chiapas, nos es desconocido. No sólo eso: el conocimiento de quiénes somos. El estudio de la cultura en Chiapas, la formación de las ideas, las resultantes derivadas de decisiones históricas fundamentales (independencia, anexión a México, devastación central de los recursos) son campos vírgenes para el estudio. ¿Por qué no habríamos de estar empantanados? Los creadores en Chiapas se han formado a pesar de las condiciones. Fue cierto lo de un medio natural de belleza incomparable. Pero ni la belleza existe por sí sola ni la sola naturaleza genera cultura. Para cantarlas a ambas, para contarlas, han surgido nuestros artistas y se han formado casi por mérito propio. Es tiempo de avanzar en el estudio de nuestra cultura.

En términos de literatura de Chiapas y específicamente de poesía, son escasos los autores a cuyo intento debemos estudiar; aunque más bien enunciativos y descriptivos que reflexivos o metodológicos, no

disminuye el mérito de su esfuerzo. Valga reconocer a los maestros Jesús Agripino Gutiérrez, Eliseo Mellanes Castellanos y Armando Duvalier como pioneros. Gracias a sus trabajos pudimos conocer de autores y obras.

En su texto, *La literatura chiapaneca* (13), Jesús Agripino Gutiérrez realiza un viaje a vuelapluma en torno a quienes, nativos de este estado, han alcanzado publicaciones dentro de las diferentes ramas del hacer humano: historia, periodismo, medicina, narrativa y poesía. Como varón orgulloso de su tierra enuncia las virtudes biográficas de los autores, señala alguno de los méritos de sus escritos, los encomia por su destacar de entre la generalidad de sus coterráneos. Desigual como resulta su trabajo se observa en él un manejo decreciente de información: los biografiados más antiguos reciben trato preferencial, de acuerdo con la valoración personal del autor, pero para el caso de sus contemporáneos le gana la prisa, la improvisación, y se conforma con un mero enunciamiento nominal. Texto para la consulta ligera muestra el escaso enciclopedismo de nuestro tiempo, tan lejano de la erudición abrumadora de Manuel Larráinzar o de Flavio Paniagua, durante la segunda mitad del siglo pasado.

Más metódico pero igualmente improvisado, Eliseo Mellanes Castellanos se ocupa, en dos ocasiones, de la poesía chiapaneca. En *Pérfil de la poesía en Chiapas* realiza un recuento cronológico de los creadores en el género. Parte de fray Matías de Córdoba y concluye con Mario Pinto Gordillo. Propone, por primera vez, una periodización de la poesía en Chiapas, sobre la que conforma una serie de "generaciones". Dentro de las dichas generaciones trata de caracterizar formas o contenidos, dentro de una brevedad superficial, y ejemplifica citando versos o fragmentos del autor más destacado de cada generación, a su parecer. Ceñido al mismo método, en el prólogo a su *Antología de poetas jóvenes* (14) Mellanes repite parte de su trabajo anterior y le suma una nueva generación. A esta generación pertenece el "grupo de poetas llamados icachenses", nos dice. En forma similar a su trabajo anterior, se vale del recurso de ejemplificar con versos o fragmentos.

Algunos años después José Casahonda Castillo, en su antología *12 poetas chiapanecos* (15), retoma la propuesta de Mellanes y la modifica más bien formal que fundamentalmente. Sin embargo, a partir de él se generaliza la designación de generaciones para hablar de la poesía de Chiapas. Oscar Wong en más reciente antología agrega una nueva generación a la propuesta por su antecesor y mantiene la misma carencia de parámetros para señalarlas. Al cabo de estos trabajos la organización generacional de Wong se propone de la siguiente manera:

- Siglo XIX: Felipe Teófilo Contreras, Emilio Rabasa y Rodulfo Figueroa.
- 1917-1935: Ranulfo Penagos, Galileo Cruz Robles, Tomás Martínez, Ernesto Parrés Gamboa, César Camacho, César Ruiz, Héctor Eduardo Paniagua, José Emigdio Rodríguez, Antonio Vera Guillén, Francisco y César Lara, Gabriel Marín y Santiago Serrano.
- 1940-1950: Rosario Castellanos, Jaime Sabines, José Falconi, Mariano Penagos Tovar y Enoch Cancino Casahonda.
- 1950-1960: Juan Bañuelos, Oscar Oliva, Eraclio Zepeda, Daniel Robles Sasso, Omar Gordillo, Fausto Cruz Padrón, Mario Pinto, Jorge Paniagua, Oscar Bonifaz y Luis García Corzo.
- 1960-1970: Leopoldo Borrás, Roberto López Moreno, Sergio Mota, Javier Molina, Elva Macías, Raúl Garduño, Joaquín Vásquez Aguilar y Oscar Wong.
- 1970-1980: Herman Efraín Bartolomé, José Falconi Oliva, María del Socorro Trejo, Roberto Ovilla Martínez, Marisa Trejo, Roberto Cruz Zúñiga e Israel González (16).

En cuanto a las antologías, *Fiesta de pájaros* (1932) ha sido considerada la primera (Mellanes). Pero *Fiesta de pájaros* (17) no es una antología. El propósito de su autor, Héctor Eduardo Paniagua, no consistió en ofrecer una selección de la obra de poetas hasta su tiempo o de su tiempo. Ni siquiera contó con el propósito de valorar los materiales a su alcance. Invitó a los "vates" vivos y activos del momento sin dudar nunca de los talentos de quienes concurren. El resultado es un libro desigual pero un bello libro y ejemplar por más de un sentido. A partir de *Fiesta de pájaros* los chiapanecos aprendimos a declamar, a versificar, a dolernos de la vida y a gustar del canto a la naturaleza o al paisaje. Durante décadas este libro nos ha servido de orgullo, de regusto secreto por los todavía poemas en él, pocos, que resisten el paso del tiempo, aparte del aliento que bulle entre las presentaciones elaboradas por el autor. La generosidad de éste al incluir tanto "poeta de cuadrilla" como diría Lope, preocupados más por el metro y la rima que por el encuentro vivo con la palabra, nos ha heredado grande respeto por quien ejercita el verso (siendo poeta o no siéndolo) y magnanimidad en el juicio: camino difícil para el poeta pero medio propicio para su nacimiento, y también para el nacimiento de la charlatanería. *Fiesta de pájaros* alcanzó una difusión y una celebridad pocas veces igualada en el estado de Chiapas. Todavía en estas fechas quien posee un ejemplar se considera en privilegio, como si poseyera una reliquia, viva y vivificante, destino verdadero de la poesía. La razón de este gusto quizá se cifre en el apego de los

chiapanecos a la sonoridad. Modernista como se ofrece el legado de *Fiesta de pájaros* reconcilia sus cadencias con la cadencia de la tierra, con el gusto del trópico; trópico que inyecta sonidos y vida a la poesía. Desde los sonidos del yunque en la fragua que modelan al pie quebrado y al pie clásico hasta las largas monotonías de los sones indios y la naturaleza, aves, ríos, viento, conceden sonoridad a la poesía en esta región. Nada extraño que el modernismo viera sus mejores momentos en la altitud tropical. Y *Fiesta de pájaros*, coincidente con la sensibilidad y la educación de la época, se erigió en monumento al aprecio que en Chiapas se le tiene a la poesía.

A la par del legado todavía romántico y modernista en que se solazaban los poetas y lectores chiapanecos de *Fiesta de pájaros*, por mucho que buena parte de ellos viera militancias activas al lado del constitucionalismo pero incapaces de plantearse nuevas modalidades poéticas, quienes entonces propugnaban por una modificación de la sociedad a través de la educación socialista del cardenismo, publicaron un folleto (hoy joya inencontrable) de *Poemas revolucionarios* (1937). Con una portada marcadamente marxista, desde San Cristóbal de Las Casas, la sociedad de maestros de la quinta zona engarza versos incendiarios, redimistas, compasivos, no siempre exentos de ingenuidad, lo mismo ideológica que literaria. Su intención era seguramente didáctica y política, razón por la que funciona muy bien como libelo panfletario y guarda ecos del *Ultraísmo* y del primer *Estridentismo*, aunque con menos talento. Acaso el alcance popular de los *Poemas revolucionarios* (18) no haya sido similar al de su predecesor pero en términos estéticos vio mayor trascendencia. A su influjo se presentan y publican obras de teatro en prosa (*Regeneración*, Tomás Martínez) y verso (*Verdugos del proletariado*, *Víctimas del alcohol*, *regenerando al indígena*, etcétera, de Hermilo W. Paniagua), aparte de ver retomada su preocupación social en Mariano Penagos Tovar, Rosario Castellanos, Juan Bañuelos y Oscar Oliva; los últimos tres con estética sólida y producción ejemplarmente poética; Penagos Tovar más limitado pero con lecturas modernas, sobre todo de Huidobro y Neruda.

Tenemos noticia de *Poetas chiapanecos* (19), antología dada a luz el año de 1940 por el poeta Armando Duvalier. Con ser inencontrable ahora, aun en la biblioteca del autor, recientemente fallecido, sabemos que incluye trabajos de quienes escribieron a la par de los incluidos en *Fiesta de pájaros* y que resultó "sumamente incompleta" a decir de Mellanes (20). Era "vox populi" su dedicación a preparar una antología exhaustiva y meticulosa cuando le sorprendió la muerte. Acaso. Su última publicación en torno a literatura de Chiapas apareció fechada el año de 1987 en libro del que se da noticia en la bibliografía, y escapa a la meticulosidad (21).

La *Antología de poetas jóvenes*, de Eliseo Mellanes, aparece en 1955. Fuera de una introducción que reproduce en mucho las consideraciones abordadas por él en su *Perfil de la poesía en Chiapas* y de reiterar la signación de generaciones, como queda dicho, la magnanimidad de juicio vista en Paniagua se repite con creces en ésta que tampoco es antología sino muestrario de quienes en ese momento parecían promisorios en el panorama literario del Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas. Es de destacar que entre el extenso listado de poetas que ofrece no ven lugar los chiapanecos de *La espiga amotinada*. En cambio de quienes integran la *Antología* solamente Mario Pinto Gordillo perdura en la memoria de los estudiosos.

La más importante hasta ahora, debido a sus alcances y propuestas, pues se ve acompañada de entrevistas con los autores vivos, es la antología *12 poetas chiapanecos* de José Casahonda Castillo. Abarca desde quien ha sido considerado figura inaugural de la poesía moderna en Chiapas, Rodolfo Figueroa, a finales del siglo pasado, hasta quienes trascendían hacia el año de 1972, fecha de publicación del libro. Es ya una verdadera antología, aunque pueda ser considerada parcial o incompleta. El autor selecciona autores y elige de entre los materiales que de ellos se encontraban publicados, y conforma un posible "corpus" de la poesía contemporánea de Chiapas. Como limitante se puede señalar que en lugar de aventurar una introducción de sentido valorativo en relación a los trabajos poéticos antologados el autor opta por entrevistar a buena parte de los poetas. Interesantes en algunos casos las entrevistas no necesariamente inducen a los creadores a manifestar sus posiciones estéticas, la poética desde la cual discurre su trabajo. Faltó suspicacia en este sentido. El ejemplo de la muy célebre *Poesía española contemporánea* (22) de Gerardo Diego pudo ser emulada y en mucho el resultado lo manifestara. Aún así la antología de Casahonda Castillo es punto señero en el recuento de las letras chiapanecas. Lo mismo vale decir de su libro *Cuentos chiapanecos* (23), hasta hoy el compendio más valioso en el legado cuentístico de la localidad.

Posteriormente aparecieron dos antologías complementarias: *Nueva poesía de Chiapas* de Oscar Wong (1983) y *Poetas jóvenes de Chiapas* (UNACH 1986), muestrario ambas del hacer de una "nueva generación", según nomenclatura retomada por Wong. Podrían parecer reiterativas debido al escaso tiempo entre la publicación de ambas, pero se ocupa cada cual de diferentes autores (24).

Hasta allí el recuento de publicaciones específicas sobre poesía de Chiapas. Algunos de nuestros autores figuran en un número indeterminado de otro tipo de antologías y los hay cuya obra cuenta cada vez más con estudios especializados: su valor ha trascendido las fronteras.

Indudablemente la necesidad humana impulsa a los hombres de todas las épocas a expresarse lingüísticamente. En nuestro estado no tendría de ocurrir excepción. Bastaría con el ejemplo de fray Bartolo-

mé de Las Casas y compañeros como para imaginar prácticas literarias fecundas, así se tratara de libelos a sátiras. Incluso fray Antonio de Remesal testimonia la circulación oral y epistolar de ingenios oponentes al celeberrimo obispo. Pero a diferencia de las culturas precolombinas cuyo sentido de oralidad y su cultivo resulta parte definitoria de la cohesión social, y de la identidad, los hijos de occidente muy pronto la desecharon en aras del papel y la escritura. Y mientras la memoria en nuestras comunidades indias permanece y posibilita el rescate de poemas, relatos y mitos, nuestros archivos se muestran escasos en materiales coloniales, en cuanto a literatura se refiere. Sabemos que tres hermanos Valtierra alcanzaron publicaciones: Antonio, en México; Fernando, también en México, y Manuel, en México y en Puebla, hacia finales del siglo XVII y principios del XVIII. Lo consigna así Octavio Gordillo y Ortiz en su *Diccionario biográfico* (25). Con todo, en el "fondo reservado" de la Biblioteca Nacional se conserva copia manuscrita del *Sermón panegírico* de Manuel Valtierra, solamente. Tampoco en la ciudad de Puebla existe más rastro.

El Archivo Histórico Diocesano de San Cristóbal de Las Casas publicó recientemente (1988) un *Boletín* con poesías y entremeses en verso, único legado literario del siglo XVIII que se encuentra entre sus legajos. Dichos entremeses y divertimentos, de valor literario muy limitado, no dejan de rememorar aires de *La Celestina* (toda proporción guardada), amén de recordarnos el uso colonial, sobre todo durante los primeros decenios, de evangelizar a través de escenificaciones pías, cuando no de autos sacramentales. Bien señala la introducción del *Boletín* el extravío de buena parte de este tipo de materiales y del gusto popular por su representación. Algunas ilustraciones en el mismo archivo muestran plazas para este fin, lo mismo en las ciudades criollas que en los pueblos de indios. Una de las láminas que ilustran a la novela *Lágrimas del corazón* ofrece la composición de la plaza de San Cristóbal y destaca en ella el sitio para las representaciones. Testimonios de esta actividad en Chiapas ya no tendremos. Tampoco pervive ninguna plaza para representaciones. En algunos poblados indios, en cambio y tal vez como herencia de ese tiempo, la comunidad representa actos de la vida cotidiana, con un talento histriónico fuera de toda duda. Lo testimonia la *ceremonia del cultivo de la papa* según representación de los indios chujes en la Sierra Madre de Chiapas.

En el mismo archivo sobreviven, éstos sin publicación, y dentro de un expediente, sermones manuscritos de diferentes predicadores; destaca: *Es un pensamiento santo y saludable rogar por los muertos* (cita del segundo libro de los Macabeos 12, 44-45), una farsa anónima en prosa: *Diálogo sobre el celibato del clero* (donde ya figura un abogado de Ciudad Real y debate con una mujer y su hija en torno al celibato y al protestamiento); y un extenso poema edificante: *El amor de Dios*, escrito en 626 endecasílabos, como homenaje al obispo

Mariano Luque en el día de su consagración, por su pariente el también poblano Pascual N. Bonilla, el año de 1884. Y es cuanto. No debe, sin embargo, olvidarse el continuo saqueo y quema a que se vio sometido este valioso archivo, sobre todo cuando en el siglo pasado proliferaron las guerras entre conservadores y liberales. Una de nuestras novelas, incluso, cuenta cómo durante la fuga de Ortega, sus tropas cargaron con paquetes de documentos que en medio de la batahola se vieron precisados luego a perder entre los caminos (26).

En el Archivo General del Estado, la herencia literaria es aún más precaria: apenas tres poemas laudatorios del triunfo liberal, que bajo la égida del general Angel Albino Corzo alcanzaron las huestes chiapanecas en Tabasco. Escaso legado, mas no del todo indecoroso. ¿Cuántos trabajos se habrán perdido? Los últimos tres poemas de que se hace referencia, escritos por gente del pueblo, combatiente alguno, son muestra de un gusto extendido por la versificación. De nueva cuenta topamos con la carencia de un estudio de la cultura en Chiapas. ¿Cuál fue el nivel educativo en el estado? ¿Cuáles las lecturas de los grupos de poder, sus aficiones? No salen de la nada eruditos tan vastos como Manuel Larráinzar, hombre de letras y de jurisprudencia como Emilio Rabasa.

Pero nada en concreto se puede abonar. El historiador Manuel B. Trens, hablando de la colonia dice: "Por cuanto a las clases sociales, tampoco se preocupó el gobierno colonial por instruir las, y la enseñanza que a los españoles y criollos se impartía en los colegios por iniciativas y bienes de particulares era netamente religiosa y destinada a hacer servidores de la iglesia. Por otra parte, durante la dominación española estaba terminantemente prohibida la circulación de libros que no fuesen de carácter religioso y debidamente expurgados por el comisario del santo oficio de la inquisición, razón por la cual, privado el pueblo de escuelas y libros, es inconcuso que se encontraba sumido en la más completa ignorancia, y por lo tanto, la influencia religiosa se marcaba en él tan hondamente que daba pábulo a la superstición y al fanatismo" (27).

Poco cambió el panorama con la independencia. El centro educacional por excelencia, a veces universidad, real y pontificia, a veces seminario conciliar, mantuvo celo y cuidado ante la contaminación de las ideas. El enrarecido ambiente de entonces figura en buena parte de la obra de Flavio Paniagua. La presencia de las logias pone en movimiento las ideas y es la facultad de jurisprudencia (hoy Escuela de Derecho) sitio donde se las cultiva, como el mismo Paniagua lo ejemplifica. En el centro del estado es donde las logias ven mayor cabida, acaso por la misma exclusión que experimentarían en relación a la antigua capital. En esta región emerge el bastión liberal más sólido. El héroe epónimo de la restauración y reforma escribe una *Reseña de sucesos acaecidos durante la intervención francesa* y pone en debate

sus ideas en oposición a las de sus detractores (años antes sólo Larráinzar había hecho algo similar). Mientras el rejuego ocurría, y en este medio, se gestaba la obra de Rabasa. En la antigua capital, aparte del ejemplar trabajo de Paniagua, la Tipografía de la sociedad católica se empeñaba en el *Ensayo de novela: Magdalena*, con un marcado afán moralizante en torno al matrimonio. El conservadurismo atrincheraba muros. Pero las guerras se empeñaban en derribarlos. Las buenas familias —sobre todo de San Cristóbal, Tapachula y Comitán— dieron por enviar sus hijos a Europa. Señoreó el afán por lo francés y lo oriental. Muchos círculos se encontraban al día con las novedades. La ruta vía Guatemala, y de ahí hacia Europa y Oriente, veía un tránsito ininterrumpido, todavía hacia principios del presente siglo. Quienes huían de las tiranías en Guatemala pasaban a Chiapas como al solar del vecino; quienes chiapanecos se veían derrotados, según las oscilaciones de la guerra, pasaban a Guatemala. No aislado fue el caso de guatemaltecos y chiapanecos empeñados en la cosa pública de uno u otro país, con fortuna desigual. Puede ejemplificar esta situación el escritor Flavio Guillén: gobernador interino de Chiapas hacia 1912, fungió después como ministro de educación en la nación hermana. De hecho es hasta la culminación del proyecto modernizador rabasista que Chiapas queda domeñado bajo el poder central. Es también hasta entonces cuando se aplica un programa amplio de educación primaria.

Gran parte de la historia de Chiapas está emparentada con la historia de Guatemala. Como no sea con el presente siglo, durante los anteriores el flujo político, comercial, cultural, ocurría a través de la república centroamericana. Las ambiciones por el poder circulaban de una a otra vera. Nada extraño que la crónica, la historia, la cultura registren patrimonios comunes; que héroes de una región lo sean también de la otra.

Por un lado, durante años consideramos al padre Rafael Landívar como primer gran poeta chiapaneco. La razón de su chiapanecidad: saber de su nacimiento en la región, de que cursara estudios en la Ciudad de México, de oficiar cantamisa en Topozotlán y trabajo misionero en Oaxaca, Michoacán, Sinaloa y Durango, y por haber escrito extenso poema, "*Rusticatio mexicana*", como rememoración apasionada de la provincia mexicana (y como afirmación americanista, criolla) en su exilio europeo luego de la expulsión de la Compañía de Jesús. Más de un estudio literario ha dado a Landívar como mexicano. Actualmente, sin embargo, no existe ya duda de su nacionalidad guatemalteca, dándose como su lugar de origen la ciudad de Santiago de los Caballeros, la actual Antigua Guatemala. En tiempos más recientes se vino considerando como chiapaneco a Arqueles Vela, también originario de Guatemala.

Por otro lado los hay chiapanecos destacados que se cuentan entre los prohombres de Guatemala. Señalamos el caso de los hermanos

Cadena (Felipe, Cristóbal y Carlos), doctores en teología los tres, de la Orden de Santo Domingo, con ministerio sacerdotal en la Antigua. Publicada su obra en totalidad, en Guatemala, conocemos apenas fragmentos a nuestro alcance. Sin llegarse a los méritos de Landívar, algo nos regalan de los afanes de Calderón y Moreto uno, de Virgilio y Ovidio el otro.

Sitio por demás prominente lo ocupa fray Matías de Córdoba, prócer de Chiapas y gloria también de Guatemala, lugar de sus estudios. Con él comienza una más clara tradición en las letras de Chiapas. Aparte de escribir y publicar poemas él mismo, introduce en Chiapas la primera imprenta y funda el primer periódico: *El Pararrayos*, desde donde batalla por la independencia de Chiapas primero y por la no anexión a México después.

Aunque publicada hasta el presente siglo *La tentativa del león y el éxito de su empresa*, fábula eminente del ilustre fraile, los estudiosos sitúan su escritura hacia finales del siglo XVIII, tiempo el de "mayor auge de la fábula en Hispanoamérica y en mucho antecesor de *Nuevas fábulas* (1815), libro de Luis Francisco Jauffret, entre las que se encuentra la titulada "El león y el hombre", con el mismo fondo que sirvió a Córdoba para producir su bello poema" (28). Esta fábula moral cuyo propósito es el de valorar al hombre como señor de la creación, miembro del reino animal pero muy por encima de él merced a su inteligencia, destaca también el anhelo de la paz, la concordia y la posible convivencia entre débiles y poderosos (vencedores y vencidos) merced a ese escaso y preciado don: la compasión. Escrito el poema en endecasílabos, resulta a los ojos de Menéndez y Pelayo "obra clásica de la literatura hispanoamericana" (29).

En cuanto a la influencia: si bien es cierto el hecho tardío de su publicación no ocurrió lo mismo con la difusión de la fábula. Todo parece indicar que, dada la celebridad de fray Matías —proclamador de la independencia de Chiapas—, sus compañeros frailes se ocuparon de la fábula en sus predicaciones. Más aun: todavía hacia los años cincuenta era objeto educativo en las primarias. La transmisión oral la despojó de su estructura métrica pero la volvió vigorizante del afán fabulador. Su fondo moralizante, su desafío de lo inaccesible a la naturaleza propia podemos encontrarlo en relatos indígenas donde lo mismo son actores un tigre y el hombre, un ave de rapiña y un hombre, un zorro y un tigre, etcétera, y en otros relatos populares. En célebre novela del siglo pasado, se recuerda una tradición popular: huyendo hacia Guatemala a causa de la guerra uno de los personajes al pasar a la vera de uno de los ahora lagos de Montebello, rememora el origen del nombre del lago, "Dos islas", vinculándolo con la lucha entre un hombre y un león; ambos mueren, a escasa distancia uno del otro, y sus cuerpos forman las islas (30). Los contenidos son similares. Acaso ambas partes se hayan alimentado: lo sabríamos con un estudio

comparativo.

Chiapas vivió un pequeño lapso de auge cultural. El 28 de agosto de 1821 se proclamó independiente. En este acto, junto al afán autonomista del continente pero con una peculiaridad, pretendía una diferencia en su vida: sacudirse el letargo secular. La sala capitular de Ciudad Real decía: "Guatemala nunca ha proporcionado a la provincia ni ciencia ni industria ni ningún otro beneficio y la ha considerado con indiferencia. Chiapas ha permanecido durante tres siglos bajo el gobierno de Guatemala y en todo ese tiempo no ha prosperado" (31).

La anexión a México visualizaba una movilidad hacia el "progreso", hacia "la modernidad" (vana esperanza), tan lejos de la sujeción y explotación ajena o central de sus recursos. La ebullición de entonces condujo a gran actividad: con la introducción de la imprenta (1826) comienza una copiosa producción de periódicos y el ejercicio más decidido de escribir poesía, novela y música. Y, todo, en general, ve su impresión en la localidad. Cuando se aspiraba a mayores fronteras era gloria publicar en Oaxaca o Guatemala. Los poemas en periódicos proliferan, dan cuenta del gusto público por la versificación y se generan como tradición, todavía viva. Investigación reciente llevada a cabo por alumnos de la Universidad Autónoma de Chiapas, recoge una producción de más de dos mil cuatrocientos poemas suscritos por un número casi similar de autores, a lo largo del siglo XIX. Aun cuando el conocimiento de estos materiales no estuvo en nuestras manos, un muestreo entre los periódicos nos ha mostrado los límites literarios de dicha producción. No es para menos cuando la media no alcanza a dos poemas por autor. Pero por más limitación en los poemas no dejan de testificar un afán, un gusto excepcional por el hacer poético en Chiapas, por compartirlos con un número indeterminado de lectores, seguros siempre de que la respuesta no será la mofa sino el reconocimiento. Así continuamos a todo lo largo del presente, siglo que ya termina: publicando en periódicos, leyendo poemas en los periódicos, un mundo vasto de poetas, entre los que ocasionalmente surge alguno grande y verdadero. De esta pasión ya obsoleta para los periódicos modernos (recuérdese a Rosario Sansores en el *Excélsior* de los años sesenta), se eleva la figura del tabasqueño de origen pero de gran raigambre chiapaneca, José Manuel Puig y Domínguez, pionero en eso de estusiasmar con un poema: *La indita del jocotal* (los otros son Emilio Grajales y su *Himno a Chiapas* y Enoch Cancino Casahonda y su *Canto a Chiapas*). El historiador Fernando Castañón Gamboa en reseña de este autor dice: "Puso su talento al servicio de la causa liberal y desde las columnas del periódico *El espíritu del siglo*, atacó radicalmente a los traidores y fanáticos... Más tarde se le designó rector de la Universidad de Chiapas y bajo su sabia dirección le imprimió un carácter liberal, rompiendo la vieja tradición conservadora que tenía. (A su muerte) su cadáver fue conducido al cementerio con grandes

honores y se dice que fue el primer entierro liberal que hubo en San Cristóbal. El féretro se envolvió con la bandera nacional; el cortejo marchó con velas encendidas pintadas con los colores patrios; las tropas marcharon a la funerala y los oradores exaltaron el patriotismo" (32). Imagen lordbyreana como es la de Puig y Domínguez, y con todo y rescatar una veintena de poemas suyos de entre los periódicos de la época, el haber sido recuperado en la colección *Pioneros de la poesía en Tabasco* obliga a excluirlo de un recuento de autores chiapanecos, por mucho que pudiera ser considerado como parte de nuestra tradición.

Fernando Castañón, el historiador de referencia, señalaba que las publicaciones de entonces se centran en códigos y documentos jurídicos: ningún afán del Estado como promotor cultural. Peor todavía, pues que una tras otra se sucedieron las guerras fratricidas: entre liberales y conservadores primero, la llamada "guerra de castas" o sublevación tzotzil después. A pesar de ello, aparecen los primeros impulsores literarios en San Cristóbal: los hermanos Wenceslao y Flavio Paniagua y el señor Timoteo M. Domínguez. Publicarán, éste algunas novelas de Paniagua y otras de carácter religioso, aquéllos a Juan Diéguez, Saturnino Ocampo y a alguien más cuyo nombre nos resulta desconocido (33).

Juan Diéguez, originario de la República de Guatemala pero vecindado por muchos años en San Cristóbal y Comitán, a causa de la tiranía de Rafael Carrera, alcanzó fama y la publicación de un libro de poesía hacia el año de 1851. Con sernos inaccesible el libro de sus *Poemas*, y con ser también de origen extranjero, con obra publicada en su país natal, no será incluido en este recuento no obstante su influencia vigorosa en escritores chiapanecos de la época. Sin embargo no debe dejar de reconocerse los méritos de un poema suyo, *La garzota*, cuya versión se encuentra en una de las novelas de Flavio Paniagua (34). Con ser de corte clásico y estructura convencional, la luminosidad y engarce de sus versos nos lo ofrecen sólido poema. Más aún cuando se muestra albor del "modernismo", muchos años antes del movimiento del mismo nombre.

De Ocampo sí conocemos un libro de *Poesías*, gracias al oficio de los hermanos Paniagua. No se muestra poeta de altos vuelos pero en su oficio bullen Espronceda, Zorrilla (el de *El crepúsculo de la tarde*) y José Eusebio Caro, amén de aventurarse, mucho antes de su ejercicio en América, en el uso del verso libre, según puede verse en su *Elegía a la muerte del señor D. Mariano Correa*: ("Apagóse la luz. ¡Todo en silencio/ y oscuridad profunda/ quedó! Angustia y pena,/ tribulación y llanto,/ orfandad lastimosa/ y dolor en la prole distinguida/ ¿Do está el padre consuelo de sus hijos,/ esposo fiel de prendas apreciadas?/ ¿Qué es del anciano venerable y ciego/, que paciente sufrió tanto martirio?/ ¿Qué es de aquél, de virtudes relevantes/ y de costumbres sanas y

sencillas,/ de buena fe y honor caballeresco?/ ¡Yace en la tumba helada:/ sus restos respetables/ ocultos estarán eternamente,/ y su ánima en la gloria en justo premio/ de su vida ejemplar y religiosa" (35). Escrito el poema hacia el año de 1867 por este, por otro lado, poeta eminentemente provinciano y sedentario, muestra lejanos ecos de Manrique y escapa en mucho a la cursilería de contemporáneos suyos o de sus posteriores. Sus lecturas muestran a Saturnino Ocampo bastante acorde con su tiempo.

Cultores también de Espronceda y de los románticos españoles lo fueron Manuel Eraclio Zepeda y Rodulfo Figueroa. Con este último se ahonda el gusto por Bécquer, gusto luego desarrollado por Ranulfo Penagos y Rodulfo Castellanos.

Rodulfo Figueroa es nuestro último poeta con formación centroamericana. Estudiante en Guatemala publicó poemas que le valieron fama y ser incluido, aunque sin crédito ("de autor desconocido"), en *Versos de amor y de dolor*, antología de la editorial Ercilla, de Santiago de Chile (1935) (36). El maestro Jesús Agripino Gutiérrez, en un ensayo apologético que pretende la similitud de Figueroa con Darío, rastrea la formación literaria de ambos durante su primera época (37). Diría Menéndez Pelayo: "una nueva generación literaria ha aparecido en América Central, y uno por lo menos de sus poetas ha mostrado serlo de verdad" (38). Se refería, por supuesto, a Darío; Figueroa poseía un estro limitado ante el de aquél, con la mala fortuna, además de su muerte cuando apenas comenzaría la revolución de la lengua. Los 33 años de Figueroa nos lo muestran becqueriano, como el primer Darío, lindando el "modernismo". A semejanza de Darío escribe poesía de ocasión y vuelve los ojos hacia temas figurativos y atmósferas decorativas. Nada casual si recordamos que ambos poetas en su ambiente centroamericano eran "lectores asiduos de la *Revue des deux mondes* y *La ilustración española y americana*, revistas en cuyo cuerpo aparecían los nombres y textos de Gautier, Francois Copée, Catulle Méndez, Baudelaire, Zully Pordrome (sic), Heredia, Leconte de Lisle, Verlaine, Rimbaud, Mallarmé, Espronceda, Zorrilla, Núñez de Arce, Campoamor, Bécquer, Betrina, Cano y otros" (39). La abundante formación de Figueroa, su frecuencia en torno a círculos literarios en Centroamérica, su producción meticulosa, casi sistemática, su talento mismo nos lo ofrecen como poeta de relieve, de sólido oficio y de lirismo fino. Aparte de la raigambre chiapaneca hacia su obra, Rodulfo Figueroa ha sido considerado como padre de la poesía contemporánea de Chiapas. Razonable juicio puesto que, a partir de las suyas, las publicaciones de poesía comienzan a tener continuidad y decoro, no exenta, sin embargo, de excesivo apego a la métrica en merma del aliento, del vigor poético.

Con Figueroa, como antes con Juan Diéguez, pasando por Ranulfo Penagos, comienza un gusto por la musicalidad y tersura en el verso,

herencia grata para nuestros poetas que buscarán su culto ininterrumpido hasta alcanzar momentos de esplendor en Bañuelos y Bartolomé. La herencia "modernista" de los dos decimonónicos, quizá no tanto visualizada como noción vitalizadora de las formas sino derivada de las sonoridades del trópico: naturaleza, aves, animales, tanto derroche onomatopéyico y de los oficios artesanales (yunque en la herrería, silbidos en los arrieros, etcétera), cautiva a nuestros poetas hasta hoy.

Cuando los principios del siglo XX nos sorprende nueva guerra: el intento de recuperar los poderes hacia la antigua capital, derivó en escaramuzas, de graves consecuencias más bien para los indios. La pretendida vuelta hacia el modelo anterior albergaba también el anhelo de escapar al centralismo republicano, según fórmula inaugurada por Emilio Rabasa. A este empeño prosigue la revolución mexicana, con cauda en Chiapas de atrincheramiento de terratenientes (mapaches), de expulsión de los constitucionistas, de triunfo de los hacendados "ilustrados" y de su proyecto: señores de la tierra hasta nuestros días.

Derivado de estos escenarios nace en nuestros poetas el afán de "unidad social" (coincidente con el proyecto político de entonces) en torno a la consideración de un pasado glorioso. Lo primero, el llamado a la paz: surge así el *Himno a Chiapas* y la extensa poesía paisajista, campirana, solariega, regionalista de José Emilio Grajales, como un intento por recuperar un mundo sencillo, plácido, que quizá algún día existió. Pero también se creyó necesaria la lectura de nuestra historia y la exaltación epopéyica de nuestros hechos heroicos. La revisión parece ofrecer dos momentos: la batalla del Sumidero y la oposición al imperial Ortega y su derrota. Varios vates cantan estas gestas. Angel M. Corzo el de mayor entusiasmo; Galileo Cruz Robles el que conserva decoro literario.

Una voz manteniendo como la altivez del tiempo ido, del buen gusto y de la nobilidad eclesiástica, entona melopeas al clásico modo, odas a la manera de Andrés Bello, aspiraciones de comunión en el tono de Alberto Lista. Corresponde su ejercicio poético con el tiempo de la apenas reapertura del culto en Chiapas, con el ascenso de la piedra y del conocimiento como resguardo de las buenas maneras y de la derrocada cultura decimonónica, perdurable hasta nuestros días. Pero si la vida religiosa fue orgullo y realización para Lino Morales (cofundador de la Sociedad Científica Literaria y Artística de Chiapas) (40) y para el menos dotado vete pero de abundante producción, Delfino Corzo, cuarenta años después parece ahogar el talento veleidoso, acaso endeble, del también sacerdote Plutarco Santiago, cuyo estro oscila la luz y la sombra, título por demás acertado bajo el que se publicó su producción.

Aparecen *Fiesta de pájaros y Poemas revolucionarios*. Santiago

Serrano, de entre los poetas de *Fiesta de pájaros*, es quien mayor popularidad conoció. Aparte de ser el más completo "modernista" chiapaneco (sus mejores poemas fueron escritos antes de los años veinte) se entregó a eso que se llama vivir la vida de poeta, ejercicio tentador y caro a muchos de nuestros poetas, a partir de Garduño. Serrano alcanzó la publicación de varios libros pero sus poemas no son muchos. Cada título suma nuevos poemas al interior y vigoriza, de esa manera, una obra equilibrada y cadenciosa. Sobresalen también Héctor Eduardo Paniagua, de excelente oído y oficio (*Viento*) y José Emigdio Rodríguez cuyo soneto *La torcaz*, aún sostiene aliento y plasticidad. Ellos y sus compañeros, de alguna manera, son románticos y modernistas tardíos, algunos con mayor genio, tersura y musicalidad entre sus versos, otros apenas rimadores; necesarios, de cualquier manera, en la formación de nuestra "tradición".

De *Poemas revolucionarios* ya hemos señalado límites y alcances. Oliva no nace allí pero es quien ha llevado a muy alto la conciliación de poesía y política. Sus virtudes mayores: aparte de claridad teórica e ideológica, un gran talento literario, gran conocimiento de las formas, capacidad de convocar sonido (y áspero, desgarrado, carnal o terrenal mejor) con plasticidad, color, sensualidad. Aparte de títulos en sucesión prodigiosamente acertados, nos ha entregado uno de los escasos libros en donde se sabe el "sitio" (41) cabal de la poesía. Acaso no existiera sin los *Poemas revolucionarios* y sin la propuesta rítmica, política, de Mariano Penagos Tovar, indudablemente de menor trascendencia. Bañuelos ve igual fortuna que Oliva, en otro tono, y con preocupación más diversa.

Desde la distancia y rememorando la provincia, Francisco J. Lara canta idílicamente al solar nativo, a veces con ingenuidad, a veces con furor erótico que nos hace recordar a Efrén Rebolledo.

Nace la pasión indigenista oficial, la invasión literal de investigadores extranjeros. Rosario trabaja en el INI, Sabines atiende un negocio en Tuxtla, poco a poco se reúne *La espiga*.

En Rosario Castellanos la realidad, como preocupación fundamental del acto poético, es compleja y multiforme: hiere, destruye y construye, siempre que pase por el filtro de la inteligencia. Si pudiéramos decirlo: su poesía privilegia a la inteligencia. Ella será la solución, por mucho que las redes del atavismo aneguen los sentidos o señoreen el inconsciente. El paisaje, el mundo, la experiencia humana, todo cabe en el desmenuzar del entendimiento, en el rescate del cerebro como privilegio no nada más del hombre: de la mujer. Primera mujer en nuestras letras oficia con versículos bíblicos o con métricas menor y mayor. Todo es propicio para afirmar a la mujer, hasta la negación del mundo que la niega.

La otra mujer de nuestras letras es Elva Macías. Para ella, el paisaje,

el tiempo, la vida, no están en la razón o en el exterior sino dentro. De otra manera: la existencia se da porque es dialógica de lo semejante en el interior de igual manera que el interior existe como imagen del exterior. Si la naturaleza desborda, adquiere contención en el poema: es necesario contener el mundo, las cosas, para que se puedan contener a sí mismos y a quienes los habitan y para que se contengan en nosotros y nosotros en ellos. En sustancia, ¿para qué torrente (verbal) si igual se está en el temblor del rocío?

Tan similares ambas poetisas son diferentes y voces definidas.

Jaime Sabines, el más entrañable de los poetas de México, acaso lega eso en su poesía: las entrañas de la piel, las entrañas del ser. Surge diciendo cuánto se encuentra en el fondo y cómo se encuentra en el fondo (de una manera vital y desgarradora) y diciéndolo bien. Por mucho que en entrevistas afirme que *Algo sobre la muerte del mayor Sabines* no deba de ser considerado como poema, es un poema. Construcción del lenguaje y con el lenguaje nos dice la cuestión fundamental del hombre: el fin y basta; "no más el polvo de oro de la vida". Si estas nuevas coplas no son un poema tampoco lo es lo demás de su trabajo poético, pues igual nos duele o nos irradia en el gozo, o nos exalta la piel o las entrañas. La erupción de la capilaridad a cada instante entre sus versos nos lo muestra como gran elección en ése que es el misterio de la poesía. *Algo sobre la muerte del mayor Sabines* se erige entre los grandes poemas de nuestro tiempo. Entre otras cosas, por ser la summa de una concepción propia del siglo: la aceptación de la finitud sin expectativa en la escatología.

De su poesía, Marco Antonio Campos dice: "uno de los poetas mexicanos que más se acerca a la afirmación de que un escritor sólo escribe en su vida un libro es Jaime Sabines. Desde *Horas* (1950), creó un estilo y un tono: ese algo que hace de inmediato relacionar cuando otro escribe como él. Sabines se convirtió en un poeta de voz inevitable. Si de inmediato se reconoce el quién, hay, si no nos equivocamos, dos Sabines: uno, el que está en los primeros días de la creación y que descubre, perplejo y alegre, el universo; el otro en las profundidades e infiernos del orbe cotidiano: el poeta ha vivido y visto y lo que ha encontrado es el sufrimiento, la destrucción, la presencia continua de la muerte. Veamos lo primero. Si bien hay poemas con iluminación y bellezas intempestivas en prácticamente todos los libros, la primera actitud está mejor y resumida —¡y qué distintos son!— en *Adán y Eva* y *Tarumba*; la segunda, en los demás libros. Pero suelen cruzarse: en los volúmenes más optimistas hay poemas o instantes sangrientos, desoladores; en los más amargos, en los más llenos de fúnebre respiración, poemas o instantes resplandecientes, cargados de un amor inmenso y devoto a la vida" (42).

Contemporáneos de Sabines, José Falconi Castellanos y Enoch

Cancino Casahonda conservan voz propia, temática particular y tratamientos diferenciados. Falconi privilegia una voz desbordada, tendiendo hacia la grandilocuencia, hacia el verso popular y heroico. Raigambre ésta, sustentada en los poemas epopéyicos de la patria, se quiere expresión de los anhelos sociales sin perder ese aire por la provincia, por la cadencia velardeana. De su poesía diría Duvalier: "La mayor parte de sus poemas son dèscriptivos, literariamente hablando, declamables, los cuales se hicieron del dominio público particularmente por la influencia del estilo original con que su autor los declamaba con una voz clara, lánguida, a veces monótona, arrastrando los vocablos que llegaban al alma por el sentimiento y originalidad del declamador" (43).

En Cancino Casahonda el poema surge como el manantial al que se acude en busca de agua fresca. El ojo que todo lo ve, todo lo valora. Reflejo. como es de una actitud de vida el poema, en Cancino Casahonda se nos muestran abiertos a la generosidad, a la comprensión, a ese gusto campechano por la vida. Nada más lejos de él que el sabor ázimo. La hogaza, el suave olor del trigo recorre su poesía, y el trópico con sus descansos y el licor y el río y la vida campirana que un día se fue para entronizar la moderna vida de la urbe.

Tres poetas nuestros figuran en *La espiga amotinada*, ésta sí propuesta poética, estética, situada desde su principio como interpe-lación de la práctica poética nacional. Privilegiando lo político como eje del discurso poético, Bañuelos logrará identidad con la sonoridad, desarrollo de un arte lírico aún al medio de lo social, meditación desde el paisaje interior, gusto por formas de antigua moldura en la lengua, metáforas de lo externo con lo interno. Quizá sorprenda el cultivo de formas en su poesía; variedad, equilibrio de metros que van desde los arcaicos como los sáficos o los anacreónticos, los clásicos entre los que privilegia el soneto, el versículo bíblico, el poema en prosa o los versos libres. Nada menos extraño. Su espíritu lírico no puede correr por las praderas dispersas del trópico; la exuberancia resultaría ahogo. Mejor conducir el caudal de la vida por donde se vea la transparencia, con luz recogida del fondo de un espejo. Sobre todo *Escribo en las paredes y Espejo humeante* han sido escritos bajo este tenor.

Bañuelos siempre se supo testigo y cantor del mundo. No existe en él la desgarradura de Sábines o el arrebató violento, de profeta moderno, que bulle en Oliva. Aun en la desgracia le alienta el optimismo; al medio del caos lo que más querría: "¡que no tropiece mi lengua para fundar el orden y la vida!". Su destino es indagación, asombro y canto. Para su fortuna o desgracia, no le ha cabido el "epos" de un pueblo heroico y victorioso; tampoco la posibilidad pindárica, ante héroes fundados y destruidos a golpes de publicidad. La epopeya que le ha tocado cantar es la de ese pueblo anquilosado por lo

cotidiano, dominado por los poderes constituidos, disperso y cómplice. Pero a ese pueblo entona su canto y le introniza tumbadoras, clavecines, resonancias tubulares y de hormiguillo.

De Bañuelos se ha dicho: "La suya es ante todo una poesía en primera persona. Sin embargo, como nos advierte al iniciar su "Protesta permanente" (O.P., P. 41), "no hablo de mí, de todos hablo". De modo que la voz que construye aquí el universo poético es, en primera instancia, una voz genérica. "Quiero decir la humanidad doliéndole al planeta" (O.P., P. 11), voz genérica a la cual va unida una visión cósmica, que define un primer sistema de imágenes en el interior del cual se elabora la doble materialidad del ser humano (genésica y genesiaca), vale decir como materia que, junto con participar de la dialéctica objetiva de los ciclos naturales (cósmicos, geológicos, biológicos, etcétera), es objeto de una apropiación subjetiva que le permite desplegarse en el tiempo contradictorio de la historia. Así la vida humana aparece como indisociable de los elementos naturales en donde tiene su origen. Conjuntamente, los distintos "modelos" de la dinámica natural proporcionan el complejo sistema metafórico destinado a sugerir la percepción subjetiva del destino humano (individual y colectivo), según un doble movimiento, de repetición ciega, y de apertura esperanzada" (44).

Oliva hará del poema-crónica su voz: la realidad golpeando a quien la ve. Este ejercicio, extenso, extenso como la pena, integra aparte del dominio, un vasto conocimiento de los mitos esenciales a Mesoamérica y un vasto conocimiento del dolor, del padecer de los luchadores sociales en esta hora cuando las fuerzas del coloniaje recomponen sus métodos y afilan sus garras dentro de las carnes del subcontinente. Medular como es su poesía, y dolorosa, da espacio para el gozo, para el erotismo, para el deslumbrar de la naturaleza en la pintura, en las artes plásticas, las otras caras del mundo y del hombre. Es la de Oliva una "voz adolorida que, desde su desnuda soledad, busca sin embargo volverse manifestación de un desamparo colectivo —y que, por ello, como la de Bañuelos, interroga, interpela, increpa y persigue el diálogo—, la poesía de Oliva descansa, por una parte, en la creación de un sistema de referencias que, además de nombrar los elementos corporales para conformar con ellos imágenes de filiación surrealista o expresionista, recoge una multiplicidad de objetos cotidianos —signos de la pobreza al mismo tiempo que del íntimo dolor o de la posibilidad de la alegría—, y por otra parte, en la multiplicación de los verbos de acción. Llamado a la "acción poética" y a la acción *tout court*, esta poesía vive sin embargo de su propio desgarramiento, de ser llaga abierta —solitaria y sin embargo común—, de increpar o interpelar, sin lograr dialogar ni conjuntar" (45).

Zepeda privilegiará la voz directa, el ritmo popular, la metáfora en secuencia, los asombros ante los fenómenos o ante la mujer. Poesía

deslumbrante, como el sol, es también para abreviar como en un pozo en la reconfortante intimidad del tálamo. "Eraclio Zepeda reencuentra tradiciones orales y formas del diálogo cotidiano. Poesía ante todo narrativa, la suya conjuga la tradición oral del relato, mitológico o no, con la del romance, antiguo o moderno (no faltan en ella los ecos lorquianos), a las que logra conferir un giro coloquial. Y todos ellos están marcados por el asombro: asombro, desde un "tiempo niño", de lo maravilloso y pleno de la vida, asombro ante la tristeza, el dolor y la injusticia, y asombro también ante el florecimiento de la creatividad del hombre" (46).

Daniel Robles Sasso debió figurar en este grupo pero su muerte prematura no lo permitió. El recuento póstumo de sus poemas nos lo muestra poeta en verdad; no en aquéllos que expresan preocupación política (aunque bien estructurados no siempre trascienden el panfleto) sino en los sonetos, dolidos sonetos, humanos, sobrios, que lo emparentan con Vallejo y con el Miguel Hernández de *El silbo vulnerado*.

El panorama posterior ve a Raúl Garduño ("diamante en llamas") disolviéndose lo mismo que la selva, con una fe en el lenguaje, en la intuición y en el concepto, umbra donde no pocas veces se extravían poema y poeta. Abundante como es, follaje de la palabra, lo encontramos poeta, y de gran vigor, en medio de la espesura, a la que es preciso podar, para recomponer la perspectiva. Decantado el panorama, el mar va con él, el sol, el dolor, los desapegos: aun la mujer es ausencia, aun la vida.

Joaquín Vásquez, en inverso, se ase del espacio, de la palabra en el espacio, la necesaria para decir las nostalgias de cuanto nos vuelve inasibles: parentela, lugar, aves. Poeta luminoso, sus versos llevan el timbre de cierta nostalgia por el mundo. No es la nostalgia de la muerte, tampoco la nostalgia de Vallejo, en quien Vásquez Aguilar se empeña. Es la nostalgia de la luz, de la vida, de los elementos, tan dueños de su poesía, tan dueños de un mundo que en Vásquez ve la renovación original, formativa.

Entre la cotidianidad efímera pero diáfana, entre el humor —corrosivo en más de una ocasión—, Javier Molina se fragmenta en brevedad, aquélla que corresponde al instante que somos, luego ya otros; o como la historia, épocas en sucesión; o como la noticia, relámpago de lo nuevo e instante, ante la exigencia de la nueva nota que ya llega.

Oscar Wong engarza cierto furor tragicómico donde memoria, presente, carne y llaga se armonizan intercambiadamente, en medio de un ritmo cuya celeridad rememora el rompimiento de las olas en el mar.

Bartolomé vuelca su pasión de selva y de ciudad no tanto

restaurando metros y formas, cuanto la sonoridad de Darío, la vitalidad de Sabines, el erotismo (pero ahora decantado) de Lara, la tersura de Bañuelos, con maestría excepcional y talento prodigioso. En Bartolomé el mundo, la naturaleza (Chiapas), han encontrado su cantor por excelencia. Entre sus versos nacen, ven fulgor, la memoria de su progresiva destrucción, inexorable. De su trabajo poético expresa Marco Antonio Campos: "En la poesía de Bartolomé, cosa paradójica, hay una entonación elegíaca. El pasado se canta pero el presente parece también pasado y es ya nostalgia de lo que será años después. El recuerdo es la experiencia que se vivió y se vive, y nos deslumbra y entristece" (47).

A más de lo cual ha visto el filo de la carne, la daga ferviente de la piel, la infancia, la ciudad, el mundo numinoso, mítico donde mira su origen la poesía, se ve a sí mismo, poeta y terapeuta y la viña de un pasado, vino ahora pero acedo, al que sin embargo vale la pena seguir contando.

Cierra el ciclo José Falconi Oliva, voz decantada a la que agobia la precisión y desborda la memoria; sobre todo la memoria del desastre. De entre el desastre se levanta el hombre, balbuceo deseándose caudal, como el poema. Hacia la ruta del gran poema, Falconi ha entregado ya postales precisas entre una contención formal sobria.

Luego de Falconi hemos conocido publicaciones locales más o menos breves, con el trabajo de alguno o varios poetas de Chiapas. En general el camino hacia el poema, en ellos, se muestra largo. No que carezcan de sensibilidad, talento y aun oficio. Hay muestras de esta herencia o elección de la poesía por nuestro estado. Es cierto, sin embargo, que entre quienes cuentan treinta años o menos no se ha generado un poema que trascienda la media o se muestre propositivo o aporte en el concierto de la poesía actual. Tampoco parece, es privativa de Chiapas esta situación, pero a este estado nos abocamos ahora. El peso y la influencia de grandes nombres (Rosario, Cancino Casahonda, Sabines, Bañuelos, Oliva, Bartolomé, etcétera) no resulta empresa fácil de emular o superar (más de un escritor, por lo menos, se plantea la superación de ciertas propuestas poéticas como meta), por mucho que la poesía no tenga por vocación la competencia, cuanto el decir, en la forma apropiada del decir. No es excluyente tampoco la competencia, pero participar de un torneo implica, primero, haberse ganado las armas y el título de caballero. Se camina hacia allá. Ofrecemos una muestra de estos "jóvenes" hacedores (la poesía siempre es producto de una madurez, lingüística si se quiere, independientemente de la inmadurez psicológica, o juventud del autor). En general su obra, aparte de sumar la cotidianidad (magia en René Char), trata los temas tradicionales de la poesía, aunque, digámoslo, con menor carne o pasión. Y cuando la pasión llega a desbordar no deja de verse el encabalgamiento sobre los versos de Sabines o de

Bañuelos o de Bartolomé. Son conscientes los poetas y luchan por construir su propia voz. Perdura la referencia obligada al mundo en Chiapas o de Chiapas, pero no es ya su epidermis dolorosa, su belleza, el tema a tratar. Tampoco la lucha social, la centenaria desigualdad injusta. Existe un vuelco mayor hacia las pequeñas cosas (ya tema en Macías y Molina), hacia el amigo o compañero, hacia la bohemia: vida no del todo conocida, y valorada a destiempo. Existe, sobre todo, un vuelco hacia el cuidado formal: la palabra precisa se vuelve preocupación medular. No es remoto que más de alguno devenga poeta "literario" y escinda esa constante de referencia a la realidad como tema, a la palabra como don. Si valoráramos por bloques, Adolfo Ruiseñor, Alejandro Riestra y Carlos Selvas privilegian a la ciudad como tema, a la vida suelta y mundana, mas desde ojos castos, mas desde prospección voluntariosa por el nihilismo. Uberto Santos y Uvel Vázquez, en cambio, viven el apego hacia el campo, ese dorado idilio ya nostalgia, ese dolor por una vida que, se piensa, llega al límite para mutar definitivamente (como lo pensara, en su tiempo, Rodulfo Figueroa). Carlos Gutiérrez e Israel González tienden hacia el viaje interior, espejo del mundo, y se solazan en la muestra breve. Manuel Cañas y Roberto Chanona consumen afanes por el concepto, por el lenguaje como precisión, por el laberinto donde este se interna: barroquismo y sencillez. Y en el concierto general, las voces de Blanca M. López y su ansia por la bruma inasible de los instantes y la vida; Marisa Trejo y su amor por las cadencias, por los lugares, por la inscripción del amor, del afecto, de la familia en la piel, a veces dolor, a veces fulgor; Socorro Trejo y su inmersión en la memoria como recurso para resarcirlo todo e integrar la atmósfera por donde el ánimo discurre plácido y amable; Ambar Past, entre las formas tradicionales indias y los vuelcos formales de William Carlos Williams o de e.e. Cummins, a veces con la dirección del arco, a veces con fortuna escasa; María del Rosario Bonifaz, camino de la identidad, de lo sonoro como objeto, de la luz como vocación, acaso un día en el logro del gran poema, por el que arriesga afanes, en medio de altibajos. Fortaleza y debilidad, en muchos de ellos, el recurso de lo coloquial gana cadencias pero tiende hacia la reiteración.

II

Por lo que hace al trabajo narrativo, en Chiapas, el legado es menor. Existe una extensa tradición oral, medio propicio para el nacimiento del cuento, en el decir de Edelweis Serra (48), pero como no sea hasta el presente siglo su influencia no se dejó sentir. No es extraño, sin embargo, si se toma en cuenta la sistemática destrucción de formas y expresiones culturales de las antiguas civilizaciones. El recuento, la reformulación de los viejos mitos y relatos que dieron origen a libros

fundamentales de la historia humana (la biblia, las mil y una noches, etcétera), no ha visto igual en esta latitud del mundo, hasta el día de hoy. El cuento nos llegó a través de España, de igual manera que los demás productos narrativos. No existe mayor evidencia (las bibliotecas que conservan fondos monásticos dan cuenta de literatura religiosa, filosófica, histórica y jurídica, pero sólo las más recientes guardan títulos de los románticos y algo del realismo mexicano), pero por citas en la prensa de entonces se infiere alguna valoración de *El Quijote* y de Pedro Antonio de Alarcón. Único cuento de Rodolfo Figueroa, dentro de la abundante prensa, lleva por título *Secretos de la tierra*, y rememora, no sólo por el título sino aun por el contenido, la novela de Pereda *El sabor de la tierra*. Una de las formas literarias cuya concreción se logra en América es la crónica. En este sentido Chiapas vive una situación de privilegio. Aparte de haber albergado por un escaso tiempo al cronista epónimo de la conquista de la Nueva España (49), fue sede titular y real del obispo Bartolomé de Las Casas. Las Casas es quien primero empuña las letras en nuestro territorio. Escasa fue su estancia en su diócesis pero trascendente por más de una razón. En cuanto a las letras, por ser meticuloso y prolijo narrador de modos de vida, costumbres, atropellos o injurias: extenso fresco de la grandeza y miseria humanas. Abundante como fue su producción la reviste una preocupación apologética cuya finalidad es la protección de los indios y cuyo signo metodológico se ciñe a un esquema: 1). Apego a lo real (según su percepción. Más adelante Remesal tratará de situar en parangón lo real en Las Casas en contraposición a la percepción de lo real en los peninsulares asentados en Ciudad Real, a propósito de cierta maldición sobre la ciudad). 2. Definición de la contradicción fundamental: colonizador criminal indio-vejado. 3. Causas y efectos a que conduce una relación despótica. 4. Proposición de soluciones: concluir con el mal y ver el resplandor de la bondad.

El esquema apologético de fray Bartolomé de Las Casas rindió el fruto jurídico deseado, sirvió de base para calificarlo como constructor de fabulaciones no precisamente agraciadas para su lugar de origen y ha perdurado lo mismo como monumento lingüístico de su época que como testimonio de una realidad, lejana pero persistente. Con ser la piedra fundacional de nuestras letras —desconocido como nos permanece—, su herencia en ellas ha sido señera, prolongada. Muy recientemente en Chiapas aparecen las inclinaciones por una literatura más libre, menos "comprometida", inclinada a preocupaciones "literarias". Hasta antes de los años ochenta, lo medular en ella ha sido su apego por lo real como punto de partida, y dentro de lo real la presencia de una dicotomía perniciosa (mestizos-indios), factor dinámico de la historia, normalmente trágica, normalmente pesarosa, mortal para los hijos de la resistencia. Tremendista en muchos de sus ejemplos esta narrativa, escasamente incorpora el humor, el rostro de

la ternura, pues no es la ternura el arma propicia para la denuncia o para el acceso a niveles mayores de justicia e igualdad.

El ejercicio de Las Casas, como cronista de su tiempo, vio continuidad en sus hermanos de religión y en los sucesores de su sede. Fray Tomás de la Torre y compañeros sobrevivientes, primeros religiosos traídos por el célebre obispo, dejaron fecunda producción todavía sin clasificación ni estudio, aparte del relato de su viaje, contenido entre los trabajos del también cronista fray Francisco Ximénez. El relato en mención, aunque memoria de avatares en zona peninsular, se inscribe dentro de la producción de los españoles asentados en Chiapas. Se sabe de la labor misional de estos frailes, en los campos de Chiapas, a lo largo de cuarenta años. El relato, que si no joya literaria, sobresale entre la escritura de la época y lega un tanto de gracia en medio de la pena.

Fray Francisco Ximénez no desmerece ante el concierto. Más reposado, con mayores instrumentos de trabajo, su preocupación por los indios le lleva a rescatar y legarnos una de las joyas de la literatura precolombina: el *Popol Vuh*, lo cual hiciera perdurable su esfuerzo. Pero amén de ello y de sumar algunas colecciones documentales, de dominicos sobre todo, dio por historiar la vida de su orden, tanto en la provincia de Chiapas como en la de Guatemala. Su valor dentro de esta rama del saber ha sido imprescindible, y el aporte señalado renglones arriba suficiente como para destacarlo en esta nota.

El restante periodo colonial ve los ejercicios del cronista fray Antonio de Remesal, célebre entre los historiadores por su carencia de rigor documental, de los obispos Francisco Rubio Marroquín y Francisco Núñez de la Vega, y de algunos viajeros, de entre quienes sobresalen fray Alonso Ponce y Tomás Gage. La preocupación de los obispos reviste carácter doctrinal, pastoral y de ordenamiento eclesiástico, y la de los viajeros, descripción de costumbres y modos ya de la vida en los conventos del campo y las ciudades, ya de la vida en los pueblos de indios. Ausente como les fuera la preocupación literaria, entregaron, en cambio, trabajos excepcionales para la práctica y la crítica de su tiempo. La creación de conventos, escuelas y universidad posibilitó el flujo de alguna información, así fuera en lo general de carácter religioso. Y, costumbre largamente extendida, el clero y los criollos de cepa dieron por viajar para concluir sus estudios en el extranjero.

Fundamental para la cultura, en Chiapas, fue, sin duda, la proclama de su independencia y su posterior anexión a México, hecho de consecuencias políticas para la Unión Centroamericana y para el futuro de Chiapas, lo mismo que para su desarrollo económico. En términos de la cultura transmuta de una posición similarmente rural o urbana —en relación a sus pares centroamericanos—, para devenir provincia remota de una federación y, aún hoy, satélite de interés

central. El estudio a fondo de esta cuestión permanece pendiente todavía. Llama la atención, eso sí, que aparte de comentaristas del suceso político, no los exista desde la perspectiva cultural. Fray Matías de Córdoba, acaso la personalidad más proclive para llevarla a cabo, no manifestó preocupación. Sus deberes ante lo inmediato le absorbieron el posible análisis de lo complejo, no obstante la herencia cronical de sus predecesores. Incluso la obra literaria que le sobrevive (*La tentativa del león y el éxito de su empresa*) difícilmente podría soportar una lectura bajo esta óptica. Otro intelectual, sin duda eminente, Manuel Larráinzar, enfrentó la polémica que suscitó el hecho pero desde las perspectivas jurídica, histórica y política. Pretendió la integridad geográfica y legal del nuevo estado, y le creció a preocupación tanta que concibió a Chiapas como origen de las civilizaciones y culturas de América, rasgo ilustrativo de una pasión etnográfica en casi todos los chiapanecos posindependentistas (50).

Larráinzar muere en San Cristóbal, luego de una vida azarosa. Sin embargo, y como si su herencia fuera la universalidad, deja a sus sobrinas Enriqueta, Ernestina y Elena quienes publican *Horas serias en la vida* (1879), *Misterios del corazón* (1881), *Sonrisas y lágrimas* (1883) y *Viajes a varias partes de Europa* (1880-1885), libros de corte afrancesado y prosa conversacional, dentro del mejor estilo de Bécquer (el de las *Cartas desde mi celda*), Daudet (*Desde el molino*), y Huysmans (51). Nada para recordar el Chiapas reciente, y su carencia de tradición literaria. O a la inversa, por carecer Chiapas de dicha tradición los autores de la región emparentaban con quienes de tiempo atrás se significaban como sus mentores: los franceses. Y así ocurriría hasta ya entrado el presente siglo (recuérdese la formación del héroe Belisario Domínguez). De París, un sancristobalense diría: "París (la gran ciudad, que a mi juicio no es más que lo que el tiempo y la historia demandan) es tan variado en sus espectáculos que bien puede vivir sin las conmociones que sufre el Estado. La propina es el único medio de ser dignos de andar por la gran capital.- En París —decía un compañero— "no se quiere estar triste". Pero el día tiene sus horas melancólicas en que al pensar en lo que Francia fue en la vida de Napoleón I, los latinos sentimos profunda tristeza... Todos los que venimos a París queremos darnos un paseo por el Boulevard entre mujeres, perfumes y luces... En lo general, la belleza y atractivos de la mujer francesa, que indiscutiblemente son encantadores, me parecen afectados, artificiales.- La torre Eiffel, ese armatoste de hierro es susceptible a todos los juicios, a las más duras apreciaciones. Hermosa e impotente a veces, fea, imbécil se nos antoja verla bajo de Guy de Maupassant... (pero) ¿Queréis ver hispanoamericanos? ¿Deseáis hablar castellano de América? Pues id al Olimpia. Allí os saciáreis" (52). Publicado el texto anterior en el año de 1900, concatena una línea todavía hoy con cultores en Chiapas, pero con cultores también en el

México de entonces, debido al auge del modernismo. Nervo y sobre todo el Duque Job llevaron a muy alto esta pasión porfiriana en el castellano.

Es menester, sin embargo, dejar claro que las gestas de independencia y anexión de Chiapas a México no contaron con novelistas o narradores. Y no porque a todo hecho histórico deba seguir tratamiento literario. Pero en la época moderna se considera que todo gran movimiento social provoca un florecimiento de la conciencia y de la cultura. En tal caso, o contamos con una laguna (una literatura de la independencia) o el movimiento independentista en Chiapas ocurrió de manera tan natural, tan casual, que no provocó conmoción mayor, ni en la sociedad ni en la conciencia (aparte de que buena parte de la narrativa, en Chiapas, se significa por su apego a lo real). Pero en México tampoco existe una narrativa de la independencia, como no sea el breve texto de Manuel Paino, *El hombre de la situación* (53), más bien narración de los avatares de un español en estas tierras y su incursión involuntaria en la vorágine independentista. Suceso de verdadero impacto en nuestro medio lo significó la intervención francesa y las guerras desatadas por los conservadores. Aparte del valor cívico mostrado por Angel Albino Corzo y de la *Reseña de varios sucesos acaecidos en el estado de Chiapas con que coronó el triunfo liberal en el sureste mexicano*, la narrativa en Chiapas —podemos afirmarlo— comienza cuando esa ocasión. La figura emérita, padre de nuestra novela, lo es Flavio Paniagua. Tres de sus obras se refieren a estos sucesos: *Una rosa y dos espinas. Memorias del imperio* (1870), *Lágrimas del corazón. Ensayo de novela histórica* (1873) y *La cruz de San Andrés* (contiene la relación de los sucesos políticos acaecidos en Chiapas de 1846 a 1850) (1890) (54). Sin menoscabo de su enorme valor histórico y de su importancia regional, Flavio Paniagua no se significa precisamente por sus cualidades literarias. Seguramente bajo la influencia de los proemios clásicos, con obligada modestia, al inicio de su celebérrima novela nos dice: “*Una rosa y dos espinas* se ocupa de referir con los atavíos de la leyenda los sucesos más importantes acaecidos en Chiapas, mientras la intervención francesa predicaba su propaganda imperial. La obra no es perfecta y una pluma mejor cortada vendrá a pregonar los milagros del patriotismo que hoy se van a tocar con pálidos colores” (55). La noble pluma de referencia parece seguir esperando. A la par de esta su confesión, Flavio Paniagua consideraba “la superioridad de los novelistas europeos, debido a la evidente incapacidad de los escritores en Latinoamérica y a la dificultad de encontrar un periodo clave acerca del cual escribir”.

Del imperio en México algunos cuentos de Guillermo Prieto, de Ignacio Ramírez o de Ignacio Manuel Altamirano (*Clemencia*) y ninguna obra en verdad impercedera; aunque, la diferencia entre estos autores y Flavio Paniagua es por demás notable. Con todo, el

interés de Paniagua es el de realizar novela histórica. Fernández de Lizardi primero e Ignacio Manuel Altamirano después encabezaban, por esos tiempos, la preocupación de crear una conciencia nacional; por lo menos en los asuntos de dicha literatura. La restauración de la república reforzaba esta preocupación. A ella se suma abiertamente Flavio Paniagua, según él mismo da cuenta en su novela *Florinda*. No deja de sorprender cómo en tan escaso tiempo la noción de república y con ello de democracia señorea en el pensamiento de Chiapas: "La América es pueblo magnánimo y generoso, heroico y libre por excelencia: demócrata de convicción y republicano por elecciones dolorosas de larga experiencia" (56), dice Paniagua. La gran movilidad revolucionaria, su formación humanista, hicieron de él un hombre liberal. Su pasión y pasión literaria fundamental se encauza a describir la lucha contra los imperialismos (en este caso el francés), y contra la discriminación y prejuicio. Así nos lo hace ver en *Florinda* y en esos cotidianos reportajes que en el periódico *La Brújula** nos ofrece en torno a la insurrección indígena de 1867. "En sus obras —nos dice Aurora Díez Canedo—, introduce a una serie de personas cuyas historias se van entrecruzando a lo largo de la novela de manera no del todo clara, lo que obliga con frecuencia a volver atrás en varios desenlaces inesperados, aunque al final, triunfa el bien. El autor interviene con frecuentes digresiones a propósito de las acciones y situaciones de sus personajes, procedimiento característico del romanticismo literario que desaparecerá posteriormente haciendo de la novela una unidad en sí misma. Llega a haber mucha acción en algunas partes de la novela, que se manifiesta en largos y ágiles diálogos, al lado de capítulos exclusivamente descriptivos" (57). Paniagua no llega a trascender más allá de la entidad, por su afán de circunscribir sus novelas a los sucesos locales y dar cuenta de los modos y costumbres de su tierra. Podría pensarse de ellas que, al igual que las novelas de Sánchez Mármol y de otras de carácter regional, "participan de la búsqueda de identidad nacional, identidad referida a una realidad histórica y cultural propia, capaz de expresarse en los términos más ortodoxos del romanticismo literario de la época", al decir de Díez Canedo (58).

Dentro de su preocupación por el hecho histórico como tema narrativo, ha dejado un texto, muy limitado en sí mismo, pero de enorme trascendencia para las letras no sólo chiapanecas, sino mexicanas y latinoamericanas: *Florinda*. *Florinda* relata los momentos cruciales del postrer levantamiento indígena contra la ciudad de San Cristóbal. Aunque literariamente su factura es de carácter menor, su comprensión del más tarde llamado "problema indígena" lo sitúa muy

* *La Brújula*. Periódico independiente y progresista. 2a. Época. Septiembre 18 de 1878 a noviembre 27 de 1878.

por encima de sus contemporáneos. La visión que de Galindo (el líder indio) tiene, es limpia, ejemplar. Un siglo después habría de servir a Rosario Castellanos para la realización de su *Oficio de tinieblas*. En este sentido, Flavio Paniagua ve su culminación en este también monumento de la nombrada "literatura indigenista", aporte chiapaneco a la literatura nacional.

Pero si Flavio Paniagua, sumándose a la preocupación nacionalista no logró trascender la localidad, para otro contemporáneo suyo hubo proyección señera, al lado de Federico Gamboa y los más ilustres de su tiempo. Hablamos de Emilio Rabasa. Sus "novelas mexicanas" *La bola y la gran ciencia* (1887) y *El cuarto poder y la moneda falsa* (1888), "se apartan de cualquier circunstancia y/o descripción locales" y ofrecen un pueblo y unos actores a la vez cotidianos y míticos que bien pueden representar a cualquier pueblo y ciudadano del país. Por primera vez asistimos en las letras mexicanas a la creación de un pueblo imaginario, recurso todavía presente en nuestras letras. De Rabasa (Sancho Polo, como se firmaba entonces) escribió Gutiérrez Nájera: "...el señor Sancho Polo, o como en realidad se llame, es un buen novelista. Esta cualidad, rara en todas partes, es en México extraordinaria. Los mexicanos sabemos hacer bien muchas cosas: versos, pronunciamientos, etcétera; pero no sabemos hacer novelas... El señor Polo procede directamente de Pérez Galdós, por la intención, y de Pereda por la forma. Esto, sin embargo no excluye la originalidad... no imita servilmente: aplica un método... ¡Y con qué hábil pincel pinta a los personajes de esa "bola"! El cura, a quien sólo falta tomar rapé; el jefe político, a quien nada falta, ni robarse algo: el pedante del pueblo con sus discursos tricolores; y el político, el ladino, que conoce a los padres de todos los que pagan y a las madres de todos los que pierden. Hay mucha y muy buena observación en esos capítulos. La obra entera es perfectamente histórica: no se sabe en dónde ni cuándo pasa, pero es histórica. Pertenece a la historia sin fecha, a la historia eterna" (59).

Rabasa asumió la política como parte esencial de su vida. La literatura, según su decir, fue apenas una afición temporal y secundaria. Sin embargo, en el autor Rabasa coexisten el escritor y el político. Se ha dicho de él que sus obras revisten afanes cívico-moralizantes, que su interés estriba en la radiografía que hace de los comportamientos para, mediante la ironía, propiciar enmiendas. Acaso. Cierta en él es su capacidad de penetrar la esencia de las cosas mediante un solo vistazo y ofrecer la complejidad como fenómeno unitario, visión ésta que le conduce a privilegiar la relación del hombre con la sociedad, con la política, como espacio de realización por excelencia.

Político y pensador político no ofrece, sin embargo, ideas originales. Pasando las cosas bajo el tamiz corrosivo de su mirada nos hace ver todo aquello que no es o que no debiera ser, sin aventurar proposiciones políticas novedosas. Espíritu escéptico quizá, le acompaña la

ironía, el sarcasmo. Tendría para ser un pensador de la práctica, un filósofo, al decir la Isaia Berlin. Mas la claridad de su concepción política corresponde a la institucionalidad, muy similar a la que vivimos en nuestros días.

De la lectura de sus novelas y sobre todo del portento literario que es *La guerra de tres años* (1931-1935), se rescata su actualidad. ¿Cómo no pensar las nuevas relaciones iglesia-estado, por ejemplo, a través de sus personajes: Hernández, doña Nasaria, Cabrales, Camacho, o don Santos? Indudablemente en nuestro país se sigue reproduciendo semejante galería, representando similar guión.

Entre ambos autores, Juan Ballinas descubre *El desierto de los lacandones*. Memoria de viaje como es, el libro nos entrega el aliento colonizador animado por el afán noble de culturar y civilizar: romper naturaleza y darle nombre, por mucho que con el tiempo se pierda. De Ballinas dirá Efraín Bartolomé: "Andar, andar andar/ Aprender el oficio de los ríos/ Erosionar el tiempo hasta volverse un puro centello/... Miramar Río Azul, Río de la Pasión/ ¿En verdad existieron antes del ojo de don Juan?/ ¿Antes de que su lengua nos nombrara?" (60).

El siglo XIX que recibió a Chiapas en México, hacia su final ve a Chiapas, a su literatura, integrada del todo. No puede desde un principio hablarse de una literatura chiapaneca. Más bien de las preocupaciones literarias en Chiapas. De ahí que los escritores del nuevo siglo no se planteen problemas de especificidad. El universo chiapaneco es el universo mexicano y es el universo del hombre. Hacer literatura será llevar a las letras la pasión viva de esos hombres. La pasión viva de esos hombres en Chiapas, se desgaja muy a la saga de la del resto del país. No bastó una proclama de independencia y una anexión, ni una participación destacada en la restauración de la república. El relegamiento económico, social, se cernió como un largo velo medieval agudizando contradicciones, hasta nuestros días. ¿Y cómo no, si el gobernador Rabasa ciñó la regular autonomía del estado a los dictados de la conducción central? Una cita de la época bien podría ejemplificar la situación: a propósito de un congreso agrícola convocado por el gobernador Francisco León con la finalidad de eliminar "esa costumbre viciosa y vil", como llamaba a la servidumbre por deudas, luego de solicitarle opinión y consejo a Porfirio Díaz, obtuvo la siguiente respuesta: "considerando el gran peligro (que representa este esfuerzo) aprovecho sin pérdida de tiempo esta oportunidad para informarle que por ningún motivo deberá usted permitirlo. Debe usted creer que si (la servidumbre) existe en ese lugar es porque todavía no la he podido eliminar, pues aún no alcanzamos un nivel de educación tal en el que sea posible ese beneficio a los pueblos" (61).

Desde esa realidad los escritores del presente siglo han realizado su trabajo literario.

Anunciando las preocupaciones del nuevo siglo literario Angel M. Corzo vive la pasión por el encuentro con una posible "identidad chiapaneca". Su talento, escaso como se mostró en los poemas *Nandiumí* y *Nandalumí*, fue puesto en juego en el texto narrativo referido a su estancia en el colegio militar y a la que supuso obra por excelencia de la didáctica chiapaneca: *Los cuentos del abuelo*, verdadero monumento de la ingenuidad, del apostolado magisterial rural, de la vinculación global de los intelectuales con los proyectos y gobiernos derivados de la revolución. Nada para destacar.

Primero en el siglo XX, Flavio Guillén desplazó su ejercicio dentro de la preocupación del lenguaje, de las historias cotidianas, con escenarios lo mismo guatemaltecos que chiapanecos, en los cuales preocupan los conflictos fundamentales del ser humano, en textos de buena factura y decoro. Decoro el mismo que habría de heredar su hijo Fedro Guillén, igual en textos narrativos que en los de ensayo, o en esa otra sentida oración fúnebre: *La parábola del ocaso*.

Dentro de una extensa tradición de viajeros, iniciada por Ponce y Gage, buen número de autores legaron obra sobre Chiapas. Desiré Charnay, Raúl Anguiano, Graham Greene, B. Traven, Rafael Bernal, los de más tiempo; Alberto Bonifaz Nuño, Fernando Benítez, Francisco González Rojas, Max Aub, etcétera, avanzada la revolución mexicana. No resultaría arriesgado afirmar que la narrativa generada por escritores externos al estado sea mayor y más consistente, en términos generales, que aquella lograda por los nativos. No a todos, sin embargo, podría considerarse como parte de nuestra tradición: Chiapas para muchos fue recurso, escenario o tema. Otros, en cambio, devienen contribución mayor. B. Traven y Rafael Bernal, por ejemplo expresan en muy alto grado cierto mundo de lo chiapaneco. El primero merced a sus novelas de la selva (*La rebelión de los colgados*, 1938; *La carreta*, 1950; *Puente en la selva*, 1936), el segundo merced a sus cuentos y novelas de la costa de Chiapas (*Caribal*, 1956; *Trópico*, 1946). Común a los dos autores resultará la visión de relaciones envidiadas, crueles, patológicas. El medio aparecerá igualmente abrumador que las furias de los hombres. Sin concesión ante la realidad, sin concesión ante su oficio, fustigarán la herencia que logramos, desde los tiempos de colonización. Pasaba apenas el periodo revolucionario de México y comenzaba a destaparse la atarjea subyacente en la entraña de Chiapas. De B. Traven, lo mismo que de los otros autores, bien se podría incluir sus obras en una historia de la literatura chiapaneca. Bien diría el crítico peruano Luis Alberto Sánchez: "la nacionalidad de las novelas no tiene mucho que ver con la nacionalidad de los novelistas" (62).

En el concierto de la novela de la revolución y como caso de excepción, *La simiente del corsario*, de Salvador Coutiño Bezares, recuerda al Azuela de *Los de abajo*, si bien no desde la perspectiva de

los pobres del campo sino desde la añoranza y hasta rencor de los terratenientes involucrados, muy a su pesar, en el conflicto revolucionario. Provisionalmente despojados logran recuperar sus haberes merced a su aglutinamiento en el *mapachismo*, verdadera columna de contrarrevolución que se levantó victoriosa, para dirigir los destinos del estado. Novela de corte épico, suma a su fluido sentido narrativo un recuento de modos y hábitos lo mismo de señores que de vaqueros o peones. Todo el gusto de los cuenteros populares podemos encontrarlo aquí. Junto con ello, una preocupación por captar y aprehender el habla diferenciada de regiones del estado (y la sonoridad de la marimba en ellas), regiones en que se situara, hasta su mezcla total, la mayor población negra de que se tenga conocimiento, en el estado. Sin alcanzar los niveles de la excelencia, esta novela es fruto de un buen narrador, lamentablemente de una sola obra. Extraña en México, en cuanto obra que clava sus garfios en la realidad del pasado, ejemplifica la distancia entre los intelectuales de la revolución capitalista moderna y los intelectuales ligados al empecinamiento de "los señores de la tierra". Don Juan de la Cierva en Murcia, según el testimonio de Julián Calvo (63), bien podría llamarse a orgullo, en los albores de la guerra civil española. Con lo cual se quiere señalar que existe relación entre el desarrollo desigual de la sociedad y el desarrollo de la literatura, por lo menos en torno a sus preocupaciones, y más si su punto de partida se cifra en la misma sociedad.

Pero si la contrarrevolución triunfó en Chiapas, el grueso de sus intelectuales hizo causa con el constitucionalismo y de él heredó sus fuentes. En realidad la narrativa moderna de Chiapas comienza en este periodo revolucionario y lleva la impronta de esperaranzar el que los beneficios derivados de ella accedan a los grupos sometidos de la población: los indios, quienes se constituyen actores y núcleo sobre el que gira el conjunto de su narrativa. A la par de los anteriores, el tenor narrativo de mayor significación en Chiapas está dado a la vera de dos márgenes: los anhelos libertarios y el mundo indígena. De allí emerge y se edifica.

Lo anterior conduce a situarnos en lo que Joseph Sommers, en artículo publicado en *Cuadernos Americanos*, ha dado en llamar "el Ciclo de Chiapas: nueva corriente literaria" y que abarca ocho obras fundamentales: *Juan Pérez Jolote* (Ricardo Pozas, 1948); *El llamado dolor de los tzotziles* (Ramón Rubín, 1949); *Los hombres verdaderos* (Carlo Antonio Castro, 1959); *Benzulul* (Eracilio Zepeda, 1959); *La culebra tapó el río* (María Lombardo Caso, 1962) y las de Rosario Castellanos *Balún Canán* (1957), *Ciudad Real* (1960) y *Oficio de tinieblas* (1962) (64).

No es pretensión de estas notas reproducir el ensayo de Sommers, de todas maneras vigente como explicación de un ciclo. Sí importa considerar las tesis sobre las que se construye: su ubicación dentro de

una corriente indigenista. Así, dirá: "Si se trata de la novela mexicana de tema indígena del siglo en curso, estas ocho obras constituyen, en varios aspectos, un rompimiento con el pasado" (65).

"Los nuevos escritores que toman por tema a los indígenas de Chiapas escogen un punto de partida distinto: el indio mismo en su propio contexto cultural. Esta serie de novelas y cuentos presenta, por primera vez, personajes indígenas convincentes retratados en su ambiente específico, con personalidades auténticas. Tema constante es la angustia, representada en vidas particulares que se desarrollan en medio de las ásperas circunstancias físicas y sociales bajo las cuales los indígenas de Chiapas luchan por sobrevivir" (66).

De allí pasará al análisis de cada una de las obras que componen el ciclo. Señalará el carácter innovador, apoyado en la psicología y en el abandono de imposiciones ideológicas, que realiza Rubín; el aporte a la literatura de un verdadero personaje indígena, con personalidad distinta y sistema de valores propio, logrado por Pozas; el mundo de tradiciones indias captado con aguda sensibilidad por Carlo Antonio Castro; el drama del contacto entre indios y ladinos, dos mundos harto diferentes y similares entre sí, el lenguaje, el sentido de soledad del hombre, de su singularidad y de los conflictos culturales, mostrado por Zepeda; la hondura, alcances y trascendencia logrados por Rosario a través de sus obras en las que lo mismo se patentiza la memoria de su niñez en su rancho de Comitán, que la ambivalencia, la brutalidad que palpó, trabajando para el INI en San Cristóbal, el detalle de intereses diversos que convergen en un entorno limitado (*Arthur Smith salva su alma*), la reconstrucción literaria del conflicto y la violencia en la historia (*Oficio de tinieblas*), etcétera. El valor literario de estas obras ha sido estudiado suficientemente. Su perdurabilidad, al cabo de más de veinticinco años, sus múltiples reediciones, son muestra de su vigencia, de su contemporaneidad. Lo maravillosamente real de lo real maravilloso que nos cuentan es la perdurabilidad de los sucesos, como si la historia se empeñara en no cambiar. Para concluir con Sommers, no está por demás citar sus conclusiones:

"Como resultado, el 'Ciclo de Chiapas' aporta a la ficción mexicana nueva vitalidad y la explotación de una rica veta autóctona. Estos autores se han empeñado con vigor en enfocar objetivamente un aspecto de la realidad social que muchos preferirían dejar aparte" (67).

Luego de la mención tan somera de este trabajo de Sommers, parece prudente comentar dos aspectos por lo menos: lo relativo al indigenismo y lo relativo al medio.

Sobre el indigenismo:

Remitiéndose al "Ciclo de Chiapas", conviene señalar que tres de

sus autores tenían intenciones expresas de realizar trabajo indigenista. Esto es, síntesis del hacer antropológico y de su aplicación en campo. Dos como preocupación literaria (Castro y Lombardo) y uno por interés de ofrecer un informe (Pozas). Para dimensionarlos debidamente es preciso señalar que los tres son antropólogos (en lingüística y etnólogos, respectivamente). Los tres vivieron en Chiapas, en el INI, bajo el influjo indigenista de la escuela mexicana. Eran los primeros tiempos del Centro Coordinador Tzeltal-Tzotzil y vibraba la esperanza de lograr la "integración" de los indios a la "cultura nacional". Los *hombres verdaderos* concluye con la llegada de quienes vienen a traer los beneficios de la civilización. Es clara la intención de Castro: civilizarlos. Quizá su vocación de integrar, sumada a su oficio lingüístico, le permitiera conocer los relatos míticos que inscribe en su novela. Literariamente, son esos relatos lo más valioso de ella y acaso su preocupación por conservarlos repercute en que son, actualmente, los que mejor recuerden los indígenas de la zona tzeltal. Con todo, su propósito es un verdadero autor indigenista.

El *Juan Pérez Jolote* de Ricardo Pozas surgió a resultas de un informe que tenía que presentar y quiso hacerlo de manera narrada, didáctica, en la que se ofreciera una especie de historia de vida contada por un verdadero protagonista. En realidad no inventó nada, trató de hacer un documento antropológico. La estructura narrativa, la ausencia de preocupaciones ideológicas, moralizantes, de política antropológica, la presencia verbal de un narrador indígena, etcétera, trascendieron el interés inicial y la devinieron obra literaria. Es, posiblemente, en México, el primer momento en que un indio es actor y "autor" de una obra literaria.

Los otros tres autores nunca tuvieron interés de hacer obra indigenista.

Ramón Rubín dirá:

"Para mí, el personaje de cada novela que escribo es el medio al cual están condicionados los hombres y todo lo demás que vive en él. Por eso en cada una cambio de ambiente. En *El callado dolor de los tzotziles* el conflicto se establece entre las civilizaciones indígenas que aún sobreviven y la civilización actual, tan avanzada como cruel. Mis personajes son una y otra civilizaciones. Como personajes colaterales o pretextos narrativos que dan mayor relieve a ese conflicto, José Damián y María Manuela son tan importantes como el perrito de *El canto de la grilla*, el hato de borregos y el cuchillo oaxaqueño de José Damián" (68).

En el caso de Zepeda es claro que él conoció o escuchó de viva voz buena parte de su producción "indigenista". Su preocupación literaria

y hasta poética en el tratamiento de sus materiales ha hecho trascender sus cuentos a verdaderas obras de arte. No se atiene al conocimiento de lo real, construye y crea un mundo que se suma indisoluble al mundo indio de México.

Por su parte, Rosario Castellanos comentó:

“Si me atengo a lo que he leído dentro de la corriente indigenista, que por otra parte no me interesa, mis novelas y cuentos no encajan en ella. Uno de sus defectos principales reside en considerar el mundo indígena como un mundo exótico en el que los personajes, por ser las víctimas, son poéticos y buenos. Esta simplicidad me causa risa. Los indios son seres humanos absolutamente iguales a los blancos, sólo que colocados en una circunstancia especial y desfavorable. Como son más débiles, pueden ser más malos (violentos, traidores e hipócritas) que los blancos. Los indios no me parecen misteriosos ni poéticos. Lo que ocurre es que viven en una miseria atroz. Es necesario describir cómo esa miseria ha atrofiado sus mejores cualidades” (69).

La contundencia de esta opinión de Rosario Castellanos y la no menos clara expresión de Rubín son llamados a romper con encasillamientos que facilitan la identificación de escritores o de obras en demérito, en ocasiones, de la obra misma al no tener en cuenta toda su complejidad propositiva. ¿Cómo no considerar, por ejemplo, la vinculación de los cuentos de *Benzulul* con las formas originales del cuento: su oralidad? ¿Cómo no pensar en la riqueza de investigación en *Oficio de tinieblas*, en el diseño de su arquitectura? Se trata de obras donde la vida se ha adentrado, se ha dispuesto o propuesto como discurso narrativo. El autor las ha configurado, se ha visto creado por ellas; él mismo ha creado una realidad, un estilo; ha creado actores y situaciones cuya universalidad, cuya vigencia, las sitúa en el nivel artístico. Y una obra de arte no es indigenista, ni ladinista; como tampoco podría ser leproso, en el caso de que sus personajes, problemática o medio sean considerados como indígenas por las categorías sociológicas o antropológicas.

Si nos situamos al nivel de la antropología sería posible señalar que, excepción hecha de Ricardo Pozas, son los escritores advenedizos y no los nativos de Chiapas quienes realizan obra indigenista. Lo cual no es raro si se considera la vinculación de aquéllos con el indigenismo de la época. La misma Rosario, cuya cercanía la llevó a externar, en alguna ocasión, que “de lo que se trata es de integrar al indígena”, propósito para el que participó en el “Teatro Petul”, trasciende el interés indigenista y, en cambio, recrea la vida, lo simbólico, el medio. Lo cual, en Chiapas, quizá solamente podrían lograrlo los chiapanecos o quienes, como ellos, introyectan hasta las venas la sensibilidad del medio.

El medio:

Sin pretender incursionar por los enunciados conceptuales de la sociología en torno a lo que es el medio y su influencia en los comportamientos, no se puede soslayar el lugar común de anotar que el medio no es una abstracción, sino un entorno muy concreto con manifestaciones tangenciales y culturalmente determinantes; es el lugar de la conformación de los grupos humanos con las características que los especifican en relación a los demás. Para los fines de la literatura, diremos que es "el conjunto de las vibraciones", como diría Paz, o realidad y lingüística, en el sentido tan claramente enunciado por José Revueltas:

"La realidad siempre resulta un poco más fantástica que la literatura... La realidad literalmente tomada no siempre es verosímil, o peor, casi nunca es verosímil. Nos burla (hace desatinar), hace que perdamos el tino, porque no se ajusta a las reglas: el escritor es quien debe ponerlas... (pero) es necesario ver de frente, no negarse jamás a ver, no cerrar los ojos ante el horror ni volverse de espaldas por más pavorosa que nos parezca" (70).

Y esa realidad no sólo se metió por los ojos de los escritores chiapanecos, sobre todo de Rosario y de Zepeda, ellos mismos son parte de esa realidad, la emergen, recíprocamente se representan, son símbolos mutuos. Nada extraño que se persigan como si sus rostros no pudieran sino verse en el mismo arroyo donde se arrastran las partes de Orfeo luego de la fractura de Eurídice. No importa que huyan el uno de otro, no importa que realicen sahumeros para limpiarse de los espíritus antepasados; más fuerte que los caprichos de la voluntad se imponen los atavismos de lo colectivo, de las voces que aún permanecen sumergidas. Lo dijo alguna vez Rosario:

"Creí que el hecho de abandonar Chiapas a los dieciséis años, y de vivir en la Ciudad de México apartada de esa gente y de sus problemas, me impulsaría a escribir sobre gente y problemas muy intelectuales. No fue así. La gente que en mis escritos pugnaba por surgir era la de Chiapas. En los tres libros no creo haber agotado el tema: es una realidad compleja, muy sugerente y, hasta ahora, prácticamente intacta. Me importa conocer, en esas tierras, los mecanismos de las relaciones humanas... el trato que los poderosos dan a los débiles, el cuadro de reacciones sojuzgadas, la corriente del mal que va de los fuertes a los débiles, y que regresa otra vez a los fuertes. Esta especie de contagio doloroso y fascinante" (71).

Y esta es quizá una de las claves que expliquen el porqué de la superación de lo "indigenista" en estos escritores: la presencia de lo colectivo, del torrente en que se arrasa y construye esa sociedad. Allí están los indios, los mestizos, los animales, los símbolos, las mitologías, la geografía y la historia. Allí está el hombre ahíto, roto al medio de sus

contradicciones. Sus autores no han identificado historia con formas de gobierno sino con el drama humano, donde ellos también son actores con pasiones y con posiciones, desde el lado menos enajenado de la realidad. De ahí la trascendencia de su literatura tanto en el tiempo como en el mapa literario.

En cuanto a lingüística, conviene recordar algo que ya señalaba Steiner: "toda literatura es una construcción lingüística"; en el lenguaje se encuentra "la singular humanidad del hombre" y hablar sobre la "condición del lenguaje" o construirlo "es hablar acerca de la generación y condición del hombre", es construir al hombre (72). El territorio verdadero del escritor es el lenguaje, en él se inventa e inventa. A pesar de que la apropiación del lenguaje es un arte individual que indica una individual concepción del mundo existen, dentro de él, recurrencias de orden colectivo que son las que el escritor recoge, se apropia, transforma y reinterpreta. Puede hablarse, de esta manera, de lenguajes, o visiones del mundo particulares a cierta colectividad. Esas particularidades son las que muestra el escritor. Podría ejemplificarse con la literatura de la *onda*, una de las tantas formas de ver el mundo en la Ciudad de México. Los casos de Rosario Castellanos y de Eraclio Zepeda, como en un momento anterior ocurrió con Daniel Zepeda y con Salvador Coutiño Bezares, son ejemplares en cuanto a descubrir o mostrar la visión del mundo en la región más significativa de Chiapas, de acuerdo a la pervivencia de la interculturalidad. También recordaba Steiner que "solamente aquél que no se encuentra verdaderamente como en su propia casa dentro de una lengua dada, no podría usarla como instrumento" (73). Lo cual viene a colación por la apropiación que del lenguaje, tanto hablado como simbólico, realizan Rosario Castellanos y Eraclio Zepeda. Ciertamente están embuidos de él; pero en la soledad de su oficio han debido reestructurarlo y darle una consistencia verdadera. Esa forma y no otra es la que hace verdaderos a estos personajes y a su medio. Como diría Galeano, referido a otra dimensión: "Leyendo a Carpentier, a Lezama Lima, a Guimarães Rosa, a Jorge Enrique Adoum, uno tiene la sensación y la certeza de que la complejidad del estilo corresponde exactamente a la complejidad del mundo que expresan: "Eso no podría ser dicho de otro modo" (74). Lo mismo cabe decir de las obras de Zepeda y de Rosario: no pudieron haber sido escritas de otra manera. La realidad y la realidad literaria irrumpieron de tal forma en ellos que les obligó fidelidad a sus raíces colectivas.

Lo señalado anteriormente conduce a preguntar si acaso las vibraciones de este medio en los autores los imposibilita a crear otro tipo de literatura o no. Existe el caso de escritores modernos que igual pueden pensar y escribir en una lengua que en otra; Beckett ejemplificaría esta condición. El caso de Borges muestra una sensibilidad que

igual se desplazaba por el inglés, francés, alemán, lenguas romances, que por la poesía gauchesca y por las formas clásicas españolas. Más cercanamente, quizá Ramón Rubín ejemplifique la misma condición (Paz indudablemente). Dentro de su preocupación literaria, podemos constatar que tanto Rosario Castellanos como Eraclio Zepeda aventuraron hacer literatura desde otro medio, desde otra preocupación; es claro que para Rosario Castellanos el mundo religioso era tan intenso y tan violento como el mundo de Chiapas; nada extraño que igual se imponga en la construcción de sus obras. Sin embargo pretendió otros rumbos. Lo ejemplifican *El eterno femenino*, *Album de familia*, etcétera. Eraclio Zepeda incursionó por una cuentística diferente en *Asalto nocturno*. Sin demérito de la calidad literaria de las mencionadas obras no está por demás señalar que devienen intensidad menor y nivel diferente de aquéllas que nos los mostraron como autores genuinos. Acaso del libro de Zepeda pueda decirse que *La rusa de Barocoa* se acerca a *Benzulú*, seguramente debido a la intensidad del momento posrevolucionario en Cuba, introyectado tan vívidamente en Zepeda, por lo mismo que era extraordinario. No deja de sorprender que este cuento prefigure, de alguna manera y anuncie, *La consagración de la primavera*, la memorable novela de Carpentier.

Como afirmación personal, bajo mi propio riesgo, me atrevo a señalar que el universo de mayor riqueza, de mayor veracidad, el universo donde se muestra lo humano con sus fantasmas, contradicciones y heroísmos es el universo de Chiapas, el que ha sentado sus reales en el hacer de estos escritores. Son los cronistas los gestores de su medio. Ello no quiere afirmar la imposibilidad del escritor para trascender su medio. Sencillamente, muestra una diferente condición. Ciertamente existen los casos de Borges, Beckett, Paz, sobrevolando las alas de la modernidad. Ciertamente se desplazan dentro de los alcances del mundo moderno y su tecnología, computación, mecánica cuántica, abstraccionismo del color, posibilidades sin límites para la imaginación, ciertamente. Ello, que aparece como el más alto desarrollo hasta hoy imaginado, no niega que, simultáneamente, existan el señor de horca y cuchillo, lo concreto del hambre, la geografía de la violencia, el espíritu simbólico, utópico, "primitivo" de mundos que confrontan una valoración diferente. Imposible comparar las bondades de uno y de otro momentos. Imposible comparar la superioridad, igualdad o inferioridad de obras de escritores que expresan los tan variados mundos. Cumplen nada más con su necesidad artística, desde el punto donde están ubicados; desde el mundo lingüístico que los conforma, desde la concepción del mundo que su sensibilidad les ha conquistado. El ascenso a formas narrativas "más literarias", menos "comprometidas", vive momentos en Castellanos y en Zepeda, pero aún es conquista —tierra de promisión— para los chiapanecos. La mala

conciencia ante la contradicción lacerante mestizo-indio perdura; pareciera poner sobre nuestras espaldas la losa de solución del acertijo, nuestra herencia. Los indios, en cambio, más acordes para consigo mismos, aparte de los relatos orales relativos a la opresión, estructuran y narran historias imaginativas, de ficción, de humor en gran parte de los casos.

El llamado "Ciclo de Chiapas" floreció a consecuencias de los anhelos revolucionarios y desde la perspectiva de las relaciones interculturales. Habiendo alcanzado su culmen narrativo podría pensarse en la reproducción de obras similares o en la diversificación de las tendencias literarias. Lo que en realidad ocurrió fue el desalestargamiento de la vida en Chiapas. Las tres últimas décadas, sobre todo, se han significado por el nivel profundo de transformaciones a que se ha visto sometido el estado. Sirva señalar las luchas del movimiento obrero, la invasión desenfadada del capital financiero, el incremento demográfico y represivo, las migraciones llegadas del interior de la república, la colonización de la selva, etcétera. El impacto ha sido tan profundo, tan vertiginoso, que aún es difícil imaginar la radiografía de lo que está por emerger. Ha sido tan brutal el golpe a la conciencia que nuestros escritores han permanecido mudos, han tomado las rutas del destierro, han incursionado las vías del sueño o de la ilusión. Pero el silencio no es la carencia de significación. Por el contrario, toda literatura se construye de palabras y de silencios. El silencio tiene también un significado. Y quizá el significado en mucho de este tiempo es el de la reconstrucción de las voces, de los contenidos, de los territorios del pensamiento, de la pasión del hombre para generar muestras renovadas. Comenzamos a tener ejemplos de renovadas muestras.

Quisiera traer a colación, antes de señalar ejemplos de lo que se mencionó en el renglón anterior, la presencia de otro elemento o condición en nuestro territorio. Se trata del quehacer antropológico. Para nadie es un secreto el hecho de que, hasta la fecha, Chiapas ha sido el laboratorio tanto de la investigación antropológica como de su aplicación. Es justamente en Chiapas donde se fundan las primeras Casas del Pueblo y el primer Centro Coordinador del Instituto Nacional Indigenista. Es también en Chiapas donde se sitúa una de las grandes crisis del pensamiento antropológico, hacia el año de 1973 (75), y el lugar donde por primera vez en México los objetos de la antropología, los indios, discuten las perspectivas de su futuro, en el Primer Congreso Indígena Fray Bartolomé de Las Casas, el año de 1974, según lo señala Marie-Chantal Barre en su libro *Ideologías indigenistas y movimientos indios* (76). La magnitud, tanto cualitativa como cuantitativa del trabajo antropológico en Chiapas, ha venido a favorecer el cultivo de una ya de por sí rica experiencia de los

chiapanecos: su capacidad verbal. Aparte de ser grandes cuenteros, como muchas veces ha señalado Zepeda, los chiapanecos aprendieron a contar cosas que a los antropólogos interesaban. Si se hiciera una depuración de las investigaciones realizadas en el campo chiapaneco toparíamos con verdaderas sorpresas. Encontraríamos, ciertamente, aproximaciones a lo real pero también un sinnúmero de invención varia que tiene su asiento en otra realidad: la que corresponde al cuento, a la ironía, a la imaginación. Esto que los antropólogos querían oír lo fueron creando y recreando los informantes; los chiapanecos recordaron sus mitos, sus historias tradicionales, las consejas venidas de boca en boca; las contaron. Reinventaron ese mundo, su mundo. Se desplazaron por el palacio de las palabras, las engalanaron y se engalanaron con ellas.

En esta perspectiva se sitúan los trabajos de nuevos escritores. Roberto López Moreno da la impresión de que quiso comenzar donde concluye *Oficio de tinieblas*. Parentela de los seres derrotados merodea la maraña triste de *Las mariposas de la tía Naty* o de *El arca de Caralampio*, en un afán de prolongar el tiempo mítico de la sublevación. No obstante el interés de *Las mariposas*, de la intención de su autor, no se logra continuidad; es otra la vida. Quizá *Las mariposas* necesitó de mayor amplitud, un aliento mucho más concatenado con la monocorde música de los altos. Deja un tanto de expectativa. No disminuye su mérito. Libro bien escrito, nos muestra ya al buen narrador que hay en López Moreno. Su pasión oscila entre la indignación por el conflicto y el gusto por la vida. Del asombro ante las actitudes heroicas se desplaza al asombro por la naturaleza y su fauna, al asombro por lo vivo en cuantos mundos a los ojos de los hombres. A la mezcla de fabulación, de lenguaje, de gozo y de dolor, patentes en *Las mariposas*, López Moreno suma un arte narrativo ágil donde emoción y ritmo también figuran como personajes. El mismo arte narrativo alcanza depuración; artistas de transparencia en *El arca de Caralampio*, verdadero paseo, universo de una fauna creada a base de imaginación.

Pero si ritmo, imaginación, terruño construyen el primer universo de López Moreno, la ciudad, la maraña de la ciudad le cautiva, le regala sus meandros, casi como orificio por el cual insertar las varillas para edificación novedosa.

No para mientes López Moreno en frágil cimentación. Aventura el universo citadino, sus entretelones. Las atarjeas parecieran entregarle un lenguaje y lo retoma y se construye con él y construye un universo no siempre lúdico, más bien dolido, abominable, campo de la degradación. *Yo se lo dije al presidente* se inscribe en la tradición revueltiana, "moridora", por usar el término de Escalante, aunque sin el afán oblativo o redimista. En *Revueltas*, junto al discurso, se da cita la

mirada cruda pero compasiva merced a la cual asistimos siempre o casi siempre al instante afortunado en que se muestra el rostro humano de los personajes, por más degradación en ellos. En López Moreno la mirada es aún menos compasiva. Sus personajes no tienen salida no sólo social, pero mucho menos humana. La herencia humanista de Bernanos, Mauriac y Revueltas privilegia el instante de lucidez, de integridad, como condición —pero además siempre presente (gracia actual, la llamarían los cristianos)—, para el rescate de lo noble en el ser humano. En López Moreno el acaso remoto modo, no de humanidad, quizá de consuelo, mira relación directa con el conocimiento del entorno propio, y el actor como parte del entorno, para formar así un universo con orden interno preciso, que vuelve cierta racionalidad a la sin razón del conjunto externo. El pequeño asombro (pulsión y conocimiento) transmutado en gran asombro es la clave de toda creación, a pesar de los límites del lenguaje, no siempre fortuna en *Yo se lo dije al presidente*.

Carlos Navarrete, con toda la generosidad que ha mostrado por nuestro estado en términos de arqueología y de rescate de las tradiciones populares, nos ha entregado una obra literaria ejemplar: *Los arrieros del agua*. En el lenguaje llano de la región central de Chiapas, desde un narrador enteramente popular, esta novela construye frase tras frase su relato. Mostrando la variedad de emociones del ser humano, todo lo contempla con una mirada tierna y plagada de humor. La biografía de un arriero es universo vasto y escenario suficiente para el transcurso del inventario cabal de las pasiones humanas. Nada en el ser humano deviene insignificante, pareciera decirnos, o a la inversa; todo es insignificante como no sea el hombre, impulso y decisión firme. Pasiones, virtudes, vicios, nada tiene dimensión extraordinaria para el andante, para el arriero en nosotros: apenas tamaño justo, apenas pequeña huella. A diferencia de los arrabales de la ciudad, sitios donde se muestra la cara infamante del progreso, la ya lejana provincia aún parecía conservar las claves para la realización plena. El ejercicio entendido y placentero de múltiples oficios y artes, el dominio del conocimiento práctico, la ductilidad del arte como bien ritual, la noción de pertenencia y comunidad, la armonía ante uno mismo y ante la naturaleza, generan lo imposible en la ciudad: el hombre sabio.

Arles, también de procedencia externa, no escapó a realidad y habla, legados de Chiapas. Su buen oficio, soltura, mostrados, en *Ojalá te mueras ve altibajos* en su tránsito hacia su "voz chiapaneca", nada más para erigirse con madurez en la narración de su experiencia como fundador de la colonia Bienestar Social, en Tuxtla Gutiérrez, con la breve novela *B.S. Tamila*. Urbana como se muestra su experiencia, no permite margen para la gracia: todo es arrebatado, lucha para el acceso al

mínimo de bienestar, de justicia, pero lucha desgastante más allá de lo anímico: de lo moral, de lo humano. Cárcel como es la faz del desgaste, da cabida, sin embargo, a mínimos destellos de lo humano, merced a lo cual ocurre cierta reconciliación con la sociedad y con la vida; entronque éste, de Arles, con el hacer de José Revueltas.

Marco Aurelio Carballo se ha debatido entre el deslinde de la crónica periodística y su trabajo como narrador, no siempre con éxito. Los textos de *La tarde anaranjada* y de *La novela de Betoven* oscilan entre ambos polos y evidencian la ruta ardua de su ascenso a la literatura. El tacleo del periodista se confronta con el pulimento del artifice. Y noticioso, comentarista de todos los sucesos —aún de los banales— como es el periodista, Carballo rescata los, para otros, detalles intrascendentes y les confiere rango de relato. Una película, el abordaje de un autobús, una alberca, la embriaguez, cualquier cosa puede ser objeto para la historia o la fabulación.

El manejo de planos favorecido por el periodismo se vuelve recurso cada vez de mayor solvencia en el ejercicio de Carballo. La memoria, los escenarios, la lengua son algunos de esos planos y entre ellos surge la chispa del humor, de la chocarrería a veces. Iniciada esta modalidad en *La novela de Betoven*, su culmen se encuentra en su reciente novela *Polvos ardientes de la segunda calle*. Reales e imaginarios los actores y situaciones de la novela, preocupación inédita en nuestras letras, nos entregan a Carballo en plena madurez, con soitura, con el oficio ya de un buen narrador.

Oscar Palacios publicó un libro, *En memoria de nadie* (1982), de buena factura y de ritmo equilibrado. Se afana en él por hurgar las atarjeas que sostienen a los grupos de poder político, la forma despiadada, fuera de toda previsión, de los empeños por homogeneizar la voluntad ciudadana, en una prosa diáfana, bien urdida. Sus personajes, convincentes, humanos, viven lo contradictorio de su "condición de clase" y se revelan capaces de debilidad y heroísmo. La ternura merodea al par de la brutalidad o de la fuerza desbordada de los elementos. Novela sobre temática política recupera actualidad a partir de la publicación de *El Charras*, la novela de Lara Zavala.

Luego del buen oficio mostrado por Palacios en *En memoria de nadie*, se puede esperar de él nueva entrega, fruto de la imaginación y madurez, muy por encima de las publicaciones apresuradas con que ha sombreado su hacer durante los últimos años.

Leonardo Da Jandra es voz desconcertante aún al medio de las letras nacionales. El afán de su búsqueda es el fondo de sí, la afirmación de una conciencia humanista desde los orígenes de México. Tal vez sea posible el diálogo y la complementariedad con occidente, con la *Paideia* griega sobre todo, pero sólo si fuere deseo luego del descenso a Quetzalcóatl, a las raíces de la cultura autóctona y de su manera

armoniosa de relacionarse con la naturaleza, los fenómenos, las fuerzas interiores, lejos de los laberintos en que se extravía la razón de occidente. Entre Heidegger, la filosofía europea, el descrédito de la actividad política como definitoria del hombre (como quería Aristóteles) y *Las enseñanzas de don Juan*, la verbosidad que enmaraña sus *Entrecruzamientos* bien puede ver origen en Flavio Guillén y en la entremezclada Selva Negra donde se ubica su natal Pichucalco. Del mundo indígena le importa, aparte del pasado, el comportamiento que observa hacia su entorno, la posibilidad suya de vivir con ellos y conocerles el fondo.

Morales Bermúdez culmina, acaso, la preocupación por el habla indígena iniciada con Flavio Paniagua. De su obra ha dicho Carlos Muciño que "es una obra necesaria. La visión del mundo indígena, desde dentro, modifica y funda cualquier trabajo literario en torno a los pueblos indios" (77). Igualmente Edmundo Valadés ha comentado: "La recopilación de estos testimonios (*Memorial del tiempo o vía de las conservaciones*) ha dado un libro extraordinario, por lo que refleja nítidamente de ese mundo indígena del que estamos lejos e indiferentes. Por las voces que lo nutren nos hace pensar en que esta obra es y será una de las más valiosas en nuestra literatura antropológica" (78).

Emilio Valdez se afana por la infancia, por los pueblos, apacibles, desolados que una vez fuimos y de los que con azoro podemos observar cómo si acaso sombra apenas queda, el recuerdo en la memoria, la memoria en sus cuentos. De éstos, reunidos en un libro, ha dicho Ignacio Trejo Fuentes que: "*Las campanas del insomnio*, aunque retoma una temática suficientemente explotada (la vida provinciana, el enfrentamiento entre el despótico terrateniente y el humillado campesino, etcétera) lo hace con una sagacidad que lo rescata de la superficialidad y hace de este libro una lectura recomendable" (79).

Miguel Ángel Godínez se place con las estampas de lo inmediato, con el gusto lúdico de atraparlo a flor de ojos, de piel, como aspirando al poema en el texto narrativo. Narrador eminentemente ciudadano, con ojo acre, con ojo corrosivo devela la naturaleza irónica que se esconde en cada acto o ser.

Jorge Mandujano cierra el ciclo de los narradores. En su oficio se privilegia altamente el humor, si bien con límites aún en la forma, desaliño en el lenguaje.

No podemos hablar de más producción narrativa en el estado. Arduo como es el oficio, requiere de alta dedicación y paciencia. Las condiciones no han favorecido su desarrollo. Borges, la literatura fantástica, la necesaria experimentación formal, la imaginación pura, son elementos y temas todavía distantes en nuestro hacer. Lo inmediato, lo cotidiano, lo real señorea. El fervor naciente por la narrativa, entre jóvenes escritores, lo mismo mestizos que indios, en un futuro, ojalá no

remoto, emergerá alguna voz que sintetice el Chiapas múltiple que bulle en todos y que se nos fragmenta quién sabe desde cuándo.

La poesía en Chiapas es campo fecundo y por sus renuevos parece que por mucho tiempo seguirá siéndolo. ¡Cuánta gratitud para la vida por tan noble don! La narrativa apenas comienza. Ojalá en su crecimiento, de mano de la poesía, de la crítica, adquiera el fulgor de la alta depuración que ha conseguido en otras altitudes del país y de América Latina. Que se cumpla el deseo de Ezra Pound por alcanzar una narrativa tan bien escrita como la poesía.

NOTAS

- (1). Darío, Rubén, *Prosas profanas*, primera edición.
- (2). *Ibidem*.
- (3). Cfr: Lida, Raimundo, *Letras hispánicas. Estudios*. México, F.C.E. 1981, p.
- (4). Eckermann, Johann Peter, *Conversaciones con Goethe*. México, Porrúa, Sepan Cuentos, 1986, p. 196.
- (5). Schopenhaver, Arthur. *El mundo como voluntad y representación*. México, Porrúa, Sepan Cuentos, 1984, p. 207.
- (6). León, Luis de. *Los nombres de Cristo*, Madrid, España, 1945, BAC., p. 463.
- (7). Núñez de la Vega, Francisco. *Constituciones diocesanas*, México 1989.
- (8). Schneider, Luis Mario. *Ruptura y continuidad, la literatura mexicana en polémica*. México, 1975, F.C.E.
- (9). Fernández Retamar, Roberto. *Calibán*, La Habana, Arte y literatura, 1979.
- (10). Paz, Octavio. *Los hijos del Limo*, España, Seix Barral, 1979.
- (11). Cfr: Rodríguez Monegal, Emir, en *América Latina en su literatura*, México, S. XXI, 1972, p.
- (12). Berlin, Isaia. *Pensadores rusos*. México, F.C.E. Breviario No. 287, pp. 307-308, 1985.
- (13). Agripino Gutiérrez, Jesús. *La literatura chiapaneca*. Tuxtla Gutiérrez, Chis., (s.n), 1950.
- (14). Mellanes Castellanos, Eliseo. *Perfil de la poesía en Chiapas*, Tuxtla Gutiérrez, Chis., Sección XXXVII del S.N.T.E., 1965 y *Antología de poetas jóvenes*, Tuxtla Gutiérrez, Chis., Ariel, 1955.
- (15). Casahonda Castillo, José. *12 poetas chiapanecos*. Tuxtla Gutiérrez, Chis., ICACH, 1976.
- (16). Wong, Oscar. *Nueva poesía de Chiapas (Antología)*, México, Katún, 1983.
- (17). Paniagua, Héctor Eduardo. *Fiesta de pájaros*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Imprenta del Gobierno, 1932.
- (18). Gutiérrez Cruz, Carlos et al. *Poemas revolucionarios*, San Cristóbal de Las Casas, Chis., Imprenta de Manuel Castellanos, 1937.
- (19). Duvalier, Armando. *Poetas chiapanecos. Antología*. México, Editorial O.P.C.I., 1940, 120 pp.

- (20). Mellanes Castellanos, Eliseo. *Perfil de la poesía en Chiapas*, p. 20.
- (21). Varios. *Foro de cultura contemporánea*. SEP 1986.
- (22). Diego, Gerardo. *Poesía española contemporánea*, Madrid, Taurus, 1946.
- (23). Casahonda Castillo, José. *Cuentos chiapanecos*, Tuxtla Gutiérrez, Chis., ICACH, 1965.
- (24). Wong, Oscar. Op. cit. y UNACH. *Poetas jóvenes de Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez, Chis., Gobierno del Estado, 1986.
- (25). Gordillo y Ortiz, Octavio. *Diccionario biográfico de Chiapas*, México, Costa Amic, 1977, pp.
- (26). Paniagua, Flavio A. *Lágrimas del corazón. Ensayo de novela histórica*. San Cristóbal de Las Casas, Juan B. Tielemans y W. Paniagua Editores, 1873, 512 pp.
- (27). Trens, Manuel B. *Reseña histórica de Chiapas*. Revista Ateneo No. 2, Tuxtla Gutiérrez, Chis., Editorial Cultura, 1952, p. 46.
- (28). Cfr: Gutiérrez, Jesús Agripino. Dos poetas hispanoamericanos. Ceiba No. 4, pp. 41-42.
- (29). Citado por Rómulo Cosse en Córdoba, Matías de, La tentativa del león y el éxito de su empresa, Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado, Colección Ceiba No. 5, 1979.
- (30). Paniagua, Flavio, *Op. cit.*, p. 116 (de la edición del Gobierno del Estado de Chiapas, 1990).
- (31). Benjamin, Thomas Louis. *El camino a Leviatán*, México, CONCA SEP, 1990, p. 39.
- (32). Castañón Gamboa, Fernando. *Cosas de Chiapas*. Gobierno del Estado, 1979. Ceiba No. 4, pp. 41-42.
- (33). Como editores, el pie de imprenta de publicaciones de la época da cuenta. De los libros de *Poemas*, sabemos por entrevista directa realizada con sus descendientes y polígrafos; v. gr: Sr. Alberto Domínguez. Sr. José Jiménez Paniagua, Prof. Prudencio Moscoso Pastrana.
- (34). Paniagua, Flavio. *Op. cit.*, pp. 106-112 (de la edición 1990).
- (35). Ocampo, Saturnino. *Poemas*, San Cristóbal de Las Casas, Wenceslao y Flavio Paniagua Editores, 1873, p. 53.
- (36). Mellanes Castellanos, Eliseo. *Op. cit.*, p. 8.
- (37). Gutiérrez, Jesús Agripino. *Dos poetas hispanoamericanos*, Tuxtla Gutiérrez, Chis., Sección XXXVII del S.N.T.E., 1966.
- (38). En Anderson, Imbert. *Literatura hispanoamericana*. México, F.C.E., 1963.
- (39). Gutiérrez, Jesús Agripino. *Op. cit.*, p. 7.
- (40). De sumo interés resultaría el estudio de los volúmenes *Boletín de la Sociedad Científica, Literaria y Artística de Chiapas*. San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, del Tomo I, No. I, septiembre-octubre 1942 a Epoca II No. 3, febrero 1949.
- (41). Oliva, Oscar. *Estado de sitio*, México, Joaquín Mortiz, 1972, 131 pp. (Col. LAS DOS ORILLAS).
- (42). En Mansour, Mónica. *Uno es el poeta, Jaime Sabines y sus críticos*. México, SEP, 1988, p. 352.
- (43). En Casahonda Castillo, José. *Op. cit.*, p. 13.
- (44). Perus, Francois. *La herencia en la tierra*. Plural 71, diciembre de 1985.
- (45). *Idem.*, p. 3.

- (46). *Idem.*, p. 5.
- (47). Campos, Marco Antonio. Prólogo. a *Ojo de jaguar* de E. Bartolomé. Mecanográfico.
- (48). Edelweis Serra, en *El cuento*. Enero-febrero 1986, p. 114.
- (49). Recuérdese que Chamula fue entregada en encomienda a Bernal Díaz del Castillo.
- (50). Larráinzar, Manuel. *Historia de América*, 3 Tomos.
- (51). Las obras de las hermanas Larráinzar fueron editadas en la Ciudad de México por Filomeno Mata y constan de ocho volúmenes, de entre 375 y 547 páginas. De Bécquer, puede verse en *obras completas*, Madrid, Aguilar, 1982; de Daudet, en *Colección Austral*, Espasa-Calpe, Madrid, 1967; de Huysmans.
- (52). Paniagua Bermúdez, Domingo. *Viejas impresiones*, París, Francia, Imp. 7 Pap.. Reunies de Roanne, 1932, p. 23.
- (53). Payno, Manuel. *El hombre de la situación*, México, Editorial Offset, S.A., 1984, Col. Biblioteca, No. 18.
- (54). Paniagua, Flavio. *Una rosa y dos espinas. Memorias del imperio*, San Cristóbal de Las Casas, Juan B. Tielemans y W. Paniagua Editores, 1870, 654 pp. *Lágrimas del corazón. Ensayo de novela histórica*, San Cristóbal de Las Casas, Juan B. Tielemans y W. Paniagua Editores, 1873, 512 pp. *Florinda (contiene los documentos más importantes referentes a la insurrección de indígenas acaecida en 1869)*, Chiapas, Felipe Jimeno Jiménez, impresor, 1888, 117 pp. *La cruz de San Andrés (contiene la relación de los sucesos políticos acaecidos en Chiapas de 1846 a 1850)*, Chiapas T., M. Domínguez, impresor, 1890, 173 pp. *Salvador Guzmán*, Chiapas, Imprenta del Gobierno del Estado, 1891, 180 pp.
- (55). Paniagua, Flavio. *Una rosa y dos espinas*. p. IX y X.
- (56). *Idem.*
- (57). Díez-Canedo, Aurora et al. *Literatura, relato popular y religiosidad en el sureste de México*, México, Cuadernos de la Casa Chata No. 126, 1985, p. 15.
- (58). *Idem.*
- (59). Cfr: Tola de Habich, Fernando. *La crítica de la literatura mexicana en el siglo XIX*, México, UNAM-UAC, 1987, pp. 97-99.
- (60). Bartolomé, Efraín. *Ojo de jaguar*, México, UNAM, 1989, p. 45.
- (61). Cfr: Benjamin, Thomas Luis. *Op. cit.*, p. 94.
- (62). Cfr: Carballo, Emmanuel. *Protagonistas de la literatura hispanoamericana del siglo XX*, México, UNAM, 1986, p. 16.
- (63). Calvo, Julián. Entrevista de Concepción Ruiz-Funes, Archivo de la Palabra, INAH.
- (64). Sommers, Joseph. *Ciclo de Chiapas. Nueva corriente literaria*, en *La crítica de la novela mexicana contemporánea*, México, UNAM, 1981, pp. 125-143.
- (65). *Idem.*
- (66). *Idem.*
- (67). *Idem.*
- (68). Carballo, Emmanuel. *Protagonistas de la literatura mexicana*, México, *Lecturas mexicanas*, 2a serie, No. 48, SEP, 1986, pp. 431-432.

- (69). Carballo, Emmanuel. *Op. cit.*, p. 531.
- (70). Revueltas, José. *Obra literaria*, México, Empresas Editoriales, tomo I, 1967, p. 18.
- (71). Carballo, Emmanuel. *Op. cit.*, p. 528.
- (72). Steiner, George. *Extraterritorial. Ensayos*, Barcelona, Barral Editores, 1973, pp. 9-24.
- (73). *Idem.* p. 17.
- (74). Galeano, Eduardo. *La cultura popular*. México, Premia, 1982, p. 105.
- (75). Cfr: Varios. *El indigenismo en acción*, México, INI, 1978.
- (76). Barré, Marie-Chantal. *Ideologías indigenistas y movimientos indios*, México, Siglo XXI, 1985, pp. 123-124.
- (77). Muciño Carlos. *Semana de Antropología de la Universidad de Querétaro*. Material grabado. Agosto de 1988.
- (78). Cfr: Excepta de *Uno más uno* julio 22 y 24 de 1987.
- (79). Cfr: Sábado, suplemento de *Unomásuno*, 30 de diciembre de 1989.